Libros del Asteroide

Charlotte Delbo

Ninguno de nosotros volverá

Traducción de Regina López Muñoz

Un conocimiento inútil
Los hombres
La marsellesa decapitada
Esther
Beber
El riachuelo
Lily
El oso de peluche
Al principio queríamos cantar
El viaje
Berlín
El misántropo
Late el corazón en Ravensbrück
Colócate en posición, ponte cómodo
La partida
El adiós
La última noche
La mañana de la libertad
Plegaria a los vivos para perdonarles que están vivos
Colofón

Hoy, no estoy segura de que lo que escribí sea verdad.
Estoy segura de que es verídico.

1:46

Llegábamos de muy lejos para merecer vuestra confianza.

Paul Claudel

Los hombres

Experimentábamos una profunda ternura por los hombres. Los veíamos dar vueltas en el patio, durante el paseo. Les lanzábamos notitas por encima de la alambrada, burlábamos la vigilancia para intercambiar unas cuantas palabras con ellos. Los amábamos. Se lo decíamos con los ojos, nunca con los labios. Les habría resultado extraño. Habría sido como decirles que sabíamos lo frágiles que eran sus vidas. Disimulábamos nuestros temores. No les decíamos nada que pudiera revelárselos, pero espiábamos cada una de sus apariciones, en un pasillo o en una ventana, para que sintieran siempre presentes nuestros pensamientos y nuestras atenciones.

Algunas, que tenían entre ellos a su marido, solo lo veían a él, localizaban enseguida su mirada entre el manojo de miradas que nos buscaban. Las que no tenían marido amaban a todos los hombres sin conocerlos.

Ninguno de ellos era mi hermano ni mi amante, pero yo no amaba a los hombres. No los miraba nunca. Rehuía sus rostros. Los que me abordaban por segunda vez —furtivamente, cuando iban a buscar la sopa a las cocinas— se extrañaban de que yo no reconociera ni su voz ni su silueta. Frente a ellos, sentía una conmiseración inmensa y un terror inmenso. Conmiseración y terror en los que no participaba realmente. Albergaba en lo más hondo de mi ser una indiferencia terrible, la indiferencia que nace de un corazón hecho cenizas. Me prohibía guardarles rencor. Guar-

daba rencor a todos los vivos. Todavía no había hallado dentro de mí una plegaria de perdón para los que seguían vivos.

Los hombres también nos amaban, aunque miserablemente. Experimentaban una sensación más punzante que cualquier otra, la de ver mermados su fuerza y su deber como hombres, pues no podían hacer nada por las mujeres. Si nosotras sufríamos por verlos infelices, hambrientos, desposeídos, ellos sufrían más aún por no estar ya en condiciones de protegernos, de defendernos, de no asumir ya solos el destino. Sin embargo, las mujeres, desde el primer momento, los habían descargado de toda responsabilidad. Los habían exonerado enseguida de su preocupación masculina hacia las mujeres. Querían convencerlos de que ellas, las mujeres, no corrían ningún riesgo. Su feminidad las amparaba, como se creía aún. Y si bien ellos, los hombres, tenían mucho que temer, ellas, por su parte, podían estar tranquilas. Solo necesitaban tener paciencia y valor, dos virtudes que estaban seguras de poseer, pues formaban parte de su día a día. Y por eso consolaban a los hombres, no dejaban traslucir ni desánimo, ni tristeza, ni, sobre todo, inquietud. Serían dignas de ellos, que sabían de la amenaza que se cernía sobre sus vidas. Los hombres, por su parte, se esforzaban por mostrar su lado más natural y cotidiano. Se las ingeniaban para resultarnos útiles, buscaban qué servicios podían prestarnos. Por desgracia, en el sufrimiento material en que se encontraban no había nada que las mujeres pudieran pedirles. Estas, sometidas a un sufrimiento de igual magnitud, tenían aún sus recursos, los recursos que siempre poseen

las mujeres. Podían lavar la ropa, remendar la única camisa, ahora hecha harapos, que ellos llevaban puesta el día que fueron detenidos, cortar retales de las mantas para confeccionarles pantuflas. Se privaban de una parte de su pan para dárselo a ellos. Un hombre tiene que comer más. Cada domingo, organizaban un divertimento que tenía lugar en el patio, al que asistían los hombres, de pie detrás de las alambradas levantadas entre los dos sectores. Las mujeres trabajaban toda la semana; cosían, ensayaban para el domingo. Cuando los preparativos de la fiesta se veían amenazados por la falta de entusiasmo o el mal humor, siempre había alguna mujer que decía: «Que sí, hay que hacerlo, hay que hacerlo por los hombres». Por los hombres, cantaban y bailaban; por los hombres, fingían despreocupación y regocijo. Era un juego desgarrador. Pero la animación que suscitaba lograba en ocasiones parecer real, incluso a las que sabían bien cuán ridículo era todo.

Aquel domingo, por lo demás, fue más triste que ningún otro. El comandante del fuerte había prohibido la representación. Los hombres estaban recluidos en sus barracones, las mujeres, en los suyos. Y no era solo por eso por lo que nos sentíamos de repente ociosas y ausentes. Todas teníamos un presentimiento vago al que no nos abandonábamos porque estaban las demás, y tratábamos de apartarlo escudriñando la actitud de nuestras compañeras. Representábamos tan bien el papel que ninguna se dejaba embaucar.

Estábamos preocupadas. Las que oían los ruidos a través del tabique —del lado de los hombres—, atentas, con la oreja pegada como

en una auscultación, respondían a las preguntas con un: «No, no se oye nada». No se oía nada y el malestar aumentaba a medida que avanzaba la tarde.

Era un domingo de septiembre, soleado como un domingo de verano y a la vez marcado por la melancolía del otoño; es decir, que, desde la mañana, todo en el aire, y en las hojas de los árboles que divisábamos por la ventana, en el aliento del viento sobre la hierba de los glacis, en el color del cielo por encima del fuerte y en el color de los ojos, todo desde la mañana poseía la opacidad de los días que más tarde se califican de atípicos.

—¿Y tú, Yvette, ves algo en la ventana?

—No, nada.

De pronto, se oyeron pasos en el pasillo, en nuestra zona, y un ruido de llaves en nuestra puerta. Entró la jefa del campo, acompañada de una centinela. Era una prisionera, jamás circulaba sola.

—¿Qué pasa, Josée?

—Nada, nada. ¿Qué os pasa a vosotras, a qué vienen esas caras descompuestas? No pasa nada. Vengo a buscar la ropa de los hombres. Aunque no esté lista, hay que devolvérsela ahora mismo.

—¿Devolvérsela? ¿Ahora mismo? ¿Por qué?

Todas se afanaban, preparaban hatillos con las camisas y los calcetines, deshacían el paquete porque habían olvidado un pañuelo, contentas de salir de la pasiva espera que las atenazaba desde la mañana, como si por fin pudieran hacer algo, y ese algo fuese útil.

—¿Se van los hombres?

—No lo sé. No sé nada.

Josée no quería soltar prenda. Una preguntó:

—¿Qué hora es?

Y todas habríamos de recordar que en aquel momento eran las cuatro.

Josée salió con la ropa, la puerta volvió a cerrarse, y cada una regresó a su cama. El dormitorio se volvió otra vez asfixiante de silencio y de espera.

Cualquier tentativa de diversión o distracción se topaba con una inercia, con una angustia inexpresada. ¿Y si leíamos algo? Nadie contestaba.

—Oigo ruidos. Están bajando las escaleras.

—¿Qué es lo que pasa?

Las cabezas se alzaban en el fondo del dormitorio, las preguntas convergían en la que tenía el oído en el tabique.

—Los hacen bajar.

—¿A todos?

—No. A todos, no. Ha parado.

Varios meses confinadas en la celda nos habían proporcionado a todas un sexto sentido para interpretar sonidos y susurros, respiraciones y pasos.

De nuevo el silencio. De nuevo la espera.

Algunas intentaban convencerse de que no había nada que esperar. ¿Por qué esperábamos? ¿Qué esperábamos y por qué esperar? Sin embargo, no lograban desprenderse de la sensación de la espera y la angustia. El silencio, otro rato largo.

Hasta que oímos pasos en el pasillo, en nuestro pasillo, pasos de botas esta vez, y todas las mujeres están de pie entre las camas, preparadas, cuando aparece el suboficial. Extrae un papel de su bolsillo, pronuncia varios

nombres, y las que oyen el suyo se colocan cerca de la puerta, y en sus facciones la inquietud cede paso a la resolución y la rigidez. El alemán pronuncia diecisiete nombres, dobla la lista, sale con las diecisiete mujeres, vuelve a cerrar con llave. El dormitorio se antoja a las otras, que se han quedado de pie en sus puestos, vacío y sonoro, con esa sonoridad característica que se establece en un lugar donde va a pasar algo.

Yo no tenía un marido al otro lado. A mí me habían sacado de la prisión de La Santé cuatro meses antes. Una mañana.

Esperábamos. Esperábamos que volvieran nuestras compañeras para poner nombre a nuestra angustia.

Oímos que regresan. El suboficial las hace entrar, y solo cuando ha echado el cerrojo se esfuman la rigidez y la resolución de sus caras. Sus caras aparecen de pronto desprovistas de toda expresión o convención, con esa desnudez que otorga una súbita iluminación o una verdad atroz.

Las esperábamos. Una suerte de distensión se opera en nosotras, algo cede en nuestro interior cuando vemos que están todas. Esperábamos un relato de los hechos. No, ellas vuelven a sus camas. Cada una se dirige a su sitio sin pronunciar palabra, con los ojos vacíos. Y las otras, que quieren saber, se acercan a la que más unida están de las diecisiete, para interrogarla. Yo me quedo en mi sitio. No me acerco ni a Regina, que me cae bien, ni a Margot. Y ninguna de las que habían salido de La Santé la misma mañana que yo se mueve. Nosotras sabemos.

Ahora, el dormitorio entero es un bisbiseo. Averiguamos algunos detalles.

—Mi marido me ha dado su alianza.

—El comandante les ha anunciado que se irán mañana por la mañana.

—Se los llevan a pasar la noche a las casamatas.

—Han puesto todos sus cigarrillos en común.

—Jean estaba muy pálido, tenía los ojos tan hundidos que me ha dado miedo.

Y oigo que, en un grupito cercano a mi cama, una murmura: «René le ha dicho a Betty que los iban a fusilar, pero que habían acordado no decir nada a las mujeres, hacerles creer que los van a deportar. Naturalmente, a Betty se lo podía decir. Solo que no se puede difundir».

Entonces, una de nosotras avanza hacia el centro del dormitorio y en voz alta, dirigiéndose a todas, dice:

—Amigas, todavía disponemos de algo de tiempo hasta que apaguen las luces; deberíamos leer unos poemas.

Las más jóvenes disponen los bancos. Todo el mundo toma asiento. Era como la primera comida tras un entierro, cuando alguien prueba a pronunciar de nuevo palabras familiares y logra hablar con los demás de comida y bebida. Pero cuando la recitadora dice: «Pues nada hay que eleve el espíritu / Como haber amado a una persona muerta / Saldrás fortalecido de por vida / Y ya a nadie necesitarás», cada una sabe, merced al alcance de estas palabras, que, a pesar de la mentira de los hombres y la hipocresía del comandante con la ropa para devolver, cada una sabe que ha experi-

mentado inmediatamente la sensación de la muerte, y su certeza. Eran valientes y tiernos, los hombres que amábamos.

Y yo me avergonzaba de haber sido capaz de reprocharles tan breve aplazamiento. Me avergonzaba de no haber querido amarlos. No había querido mirarlos, mirar sus caras, sus ojos, oír sus voces, y ahora ya no era capaz de distinguir a uno de otro. Lloraba de arrepentimiento. Y cuando me hablan hoy de Pierre, que había matado a tres alemanes, o de Raymond, el bajito lisiado por una bala recibida en España, es todo el grupo indistinto y fraternal de los hombres que amábamos lo que asoma a mi memoria.

Yo lo llamaba mi árbol joven
Era hermoso como un pino
La primera vez que lo vi
Su piel era tan suave
la primera vez que lo abracé
y todas las demás veces
tan suave
que al pensarlo hoy
es como si no me sintiera la boca
Yo lo llamaba mi árbol joven
liso y recto
cuando lo estrechaba contra mí
pensaba en el viento
en un abedul o en un fresno
Cuando él me estrechaba entre sus brazos
yo ya no pensaba en nada.

⁂

Qué desnudo está
el que se va
ojos desnudos
carne desnuda
el que se va a la guerra
Qué desnudo está
el que se va
corazón desnudo
cuerpo desnudo
el que se va en pos de la muerte.

⁂

En el umbral de la prisión
la mañana de la separación
un veintiuno de marzo
Hace el tiempo de los abandonos

de los brazos desenlazados
de los labios secos
Hace el tiempo de la estación
del cielo límpido
de los junquillos frescos.

Yo lo llamaba
mi enamorado del mes de mayo
de los días de su niñez
tan feliz
yo lo dejaba
ser
cuando nadie miraba
mi enamorado del mes de mayo
incluso en diciembre
niño y tierno
cuando caminábamos agarrados
el bosque era todavía
el bosque de nuestra infancia
ya no teníamos recuerdos separados
él besaba mis dedos
tenían frío
él pronunciaba las palabras que pronun-
cian los
enamorados del mes de mayo
yo era la única que las oía
No escuchamos esas palabras
Por qué
Escuchamos el corazón que late
Creemos que oiremos toda la vida
esas palabras tiernas
Hay tantos meses de mayo
toda la vida
para dos que se aman.
Hasta que
lo fusilaron un mes de mayo

⁂

Los envidio
a quienes dieron a los suyos
aceptando el sacrificio
Yo
me rebelé
apenas si logré
no chillar delante de él
Necesitaba todo su valor
y ya bastante tenía
un hombre joven
con dejar a una mujer
que seguiría viviendo después de él.

⁂

Yo no lo entregué
la muerte me lo arrebató
y también esa causa
más fuerte que mi amor.
Por esa causa
había que morir
por mi amor
había que vivir.
Creéis que es fácil
acaso
ser mujer y no estar celosa
de otra
Puedes matarla
de una idea
hay que morir también
Yo no pude morir con él
Y no he muerto por ello.

⁂

Llorar a un héroe
mejor que amar a un cobarde

Puede que tengáis razón
quienes tenéis palabras para todo
Pero
había algunos
ni fuertes ni débiles
que no llegaron
ni al sacrificio
ni a la traición
Alguna vez he pensado
que él podría haber sido de esos
y he sentido vergüenza
Quisiera estar segura
de haber sentido vergüenza
Tenéis
tenéis
que tener razón.

Me preguntaba
por quién
por quién moría él
por cuál de sus amigos
Había acaso alguien vivo
que mereciera la vida de él
él
el más querido.
Despacio, volvió
de allá donde había estado
volvió para contarme
que murió por el pasado
y por todos los porvenires
Sentí que me estallaba la garganta
mis labios quisieron sonreír
pero era porque volvía a verlo.

No podéis comprender
quienes no habéis escuchado
el latido del corazón
de quien está a punto de morir

⁂

También lloré
porque los dos creímos
que el amor obraría como talismán
Era más que perder una creencia
era como si me reprochase
no haberlo amado con un amor más
grande.

⁂

Yo lo amaba
porque era hermoso
es un motivo fútil
Yo lo amaba
porque él me amaba
es un motivo egoísta
Pero
es por vosotros
por lo que busco motivos
para mí no los tenía
Yo lo amaba como una mujer ama a un
hombre
sin palabras para expresarlo

⁂

Murió
porque una historia de amor
para ser hermosa
necesita un final trágico
La nuestra era magnífica

Por qué siempre tenéis que saliros con la
vuestra
al final
con vuestros lugares comunes.

De amor y de dolor
se secó mi corazón
De dolor y de amor
se agostó día a día

La marsellesa decapitada

Las jornadas no tenían fin. Jornadas en las que no había nada. El reparto del café a la mañana, de la sopa a las once, del pan a las cinco. Pasábamos el rato siguiendo el dibujo que formaban en la pared los siete barrotes de la ventana, cuya sombra se desplazaba despacio, de una pared a otra. Cuando ya solo quedaban tres o cuatro barrotes a punto de borrarse en el revoque descascarillado del rincón de la izquierda, la jornada había acabado, caía la tarde. Era el momento en que el centinela que daba vueltas y más vueltas en el patio se marchaba, el momento en que la prisión se animaba. De una ventana a otra, de una orilla a otra, empezaban las conversaciones, raudas, antes del relevo nocturno. Cada cual hablaba con una voz conocida, por encima de las otras voces que se entrecruzaban.

Nuestra ventana estaba tan alta —a ras del techo— que para arrimarse a ella había que subir a la estructura de la cama, ponerse de puntillas, atrapar los barrotes con las manos y agarrarse muy fuerte. Las manos dolían, los barrotes se marcaban en rojo en el hueco de las palmas. Nos encaramábamos por turnos para hablar con los presos «de derecho común» del ala contigua, que había permanecido bajo la administración penitenciaria francesa. La mayor parte de La Santé estaba en manos de los alemanes y poblada por presos políticos, que todavía no eran conocidos como «resistentes». Los de «derecho común» trabajaban en varios talleres y volvían a las celdas por

la tarde. Ellos también vigilaban la marcha del centinela para hablar con nosotras. Recibían cartas, leían la prensa y nos transmitían las noticias. Cuando se habían enterado de algo importante, silbaban para llamarnos y gritaban: «¡Pst, chicas, ya está! Los ingleses han recuperado Tobruk. ¡Menuda carrera!». A nosotras se nos escapaba el alcance de aquella victoria. La campaña de Libia había arrancado después de que nos detuvieran. Preguntábamos:

—¿Y en Rusia?

—Siguen avanzando.

—¿Quiénes?

—Los Fritz.

Aquella tarde, Lucien y René se retrasaban. Su ventana estaba vacía. Durante todo el día, contando las horas que sonaban con un segundo de intervalo en los relojes del barrio, aguzábamos el oído e intentábamos situar todos los relojes. ¡Cuántos había! Yo había vivido en el barrio, nunca los había oído. No contamos el tiempo cuando somos libres; durante toda la jornada contábamos el tiempo que faltaba para la tarde. La jornada no era más que la espera de la tarde, de noticias.

—Pero ¿dónde se han metido hoy? ¿Qué estarán haciendo?

—A lo mejor están en el calabozo.

—Nos lo habrían dicho sus compañeros.

—Sus compañeros están muy lejos. No se los oye desde aquí.

—Harían señas por la ventana.

—¿Sigues sin verlos?

—No. Nada —respondía la que estaba agarrada a los barrotes a las compañeras de celda que, a su vez, no quitaban ojo a la puerta para

estar preparadas en caso de que la vigilante irrumpiera de improviso.

—¿Nada?

Estábamos desesperadas, presas de esa desesperación tonta que hace llorar a un niño cuando no le dan lo que le han prometido.

—¡Ya está, ya estamos aquí! —Lucien, sin aliento, asoma la cabeza entre los barrotes de su celda, en la otra punta del patio.

Nos tranquilizamos enseguida. Y la que está agarrada a nuestra ventana grita:

—¿Por qué habéis vuelto tan tarde? Ya casi no nos queda tiempo.

—Hemos estado faenando. Nos han puesto a instalar la bañera grande.

—¿La bañera grande? ¿Qué es eso?

—El canasto. Para la cabeza. En la guillotina. Mañana pasan a cuatro. Por eso hay que colocar la grande. Los cuatro de la rue de Buci, sabéis, ¿no?

Nosotras no sabíamos.

—Es verdad, no lo sabéis. Ya estabais aquí. Cuatro tipos que alzaron la voz en pleno mercado de la rue de Buci. Una mañana. A la hora del mercado. Con todas las mujeres haciendo cola. Al parecer, uno se subió a un tenderete; llamó a la lucha contra los Fritz. Luego, quiso salir por pies con los tres compañeros que lo protegían. Pero la policía los cogió. Los juzgó un tribunal especial. Todos condenados a muerte. Los ejecutan mañana por la mañana. Aquí, donde los franceses.

Ruido de botas, tintineo de fusil. El centinela nocturno ha debido de entrar en el patio. La cabeza de Lucien se zambulle igual que un títere de teatro de guiñol. De golpe y porrazo, todo se detiene. Oímos los pasos del centinela.

Los cuatro de la rue de Buci. Cuatro de los nuestros. Si supiéramos cómo se llaman... Tal vez los conozcamos.

Aquella noche, ninguna de nosotras durmió. Oímos dar todas las horas. Vimos aclararse el techo, hacerse de día, aparecer la sombra de los primeros barrotes, borrosa, apenas marcada, en la pared.

—Las cuatro. Debe de ser la hora —dice Henriette cuando se extingue la cuarta campanada.

Lejana al principio, porque llega desde un ala situada detrás de la nuestra, luego cada vez más diáfana, estalla «La marsellesa», cada vez más diáfana, a medida que los hombres avanzan hacia el centro del patio que debe de encontrarse en el centro de la prisión. Cada vez más alto, y distinguimos las voces, cuatro voces mal armonizadas, todas ellas alcanzando su máximo volumen. Concluida la primera estrofa —tienen que esperar, de pie, junto a la guillotina—, las voces dejan de moverse; retoman la respiración para atacar el estribillo, y las voces se hinchan de nuevo, colmadas, parejas. Pero, tras las dos primeras palabras del estribillo ya solo suenan tres voces, igual de parejas, articulando bien todas las palabas, y luego dos, y luego una sola voz que se afana y se amplía hasta el límite más extremo para, ella sola, hacerse oír en toda la prisión, una sola voz que también es cortada en seco. La cabeza ha caído dejando una palabra a medias. Una palabra que queda suspendida, cortada, en un silencio intolerable. Por un instante solamente, pues el canto se eleva de nuevo, reanudado por los presos políticos

que cantan desde lo más profundo de sus celdas.

Fue en el verano de 1942.

«[...] La semana pasada, el nuevo gobierno llevó a cabo una acción de similar incoherencia, seguida por muchas otras: la ejecución en el patio de la siniestra fortaleza de Montluc, en Lyon, del patriota argelino Abderraman Laklifi, quien fue decapitado el sábado al alba, acompañado hasta el cadalso por el cántico de todos sus compañeros, tras los barrotes de sus celdas.» (*L'Express*, 4 de agosto de 1960.)

LA MAÑANA DE LA LLEGADA

El infierno había vomitado a todos
sus condenados
eran ellos quienes nos recibían
y enseguida
entendimos
por qué no nos hacían fiestas
Añoraban los tormentos del infierno
y nos veían llegar
a los que veníamos de la tierra
como personas que saben
y pueden diferenciar
y enseguida
íbamos a saber también
y a querer olvidar la vida.

⁂

En el infierno
no ves morir a tus compañeros
en el infierno
la muerte no es una amenaza
en el infierno
dejas de tener hambre y sed
en el infierno
dejas de esperar
en el infierno
no hay ya esperanza
y la esperanza es de angustia
en el corazón del que se retira la sangre.
Por qué decís que el infierno
es esto.

⁂

A YVONNE BLECH

Estábamos ebrias de Apollinaire
y de Claudel
¿recuerdas?
Es el inicio de un poema
que yo quería recordar
para recitártelo.
He olvidado todas las palabras
mi memoria se ha extraviado
en las ruinas de los días pasados
mi memoria ya no está
y nuestra antigua embriaguez
Apollinaire y Claudel
mueren aquí con nosotras.

⁂

GRACIAS A LAS DEMÁS

Un fantasma bailarín del alambre
que entrenaba por las noches
sobre los cables del telégrafo
No sabía que yo lo veía
Bailaba
Se había vestido de fantasma
y sin embargo
nadie lo veía.
Yo no habría aguantado
si nadie me hubiera visto,
si no hubierais estado ahí.

⁂

Morir no tiene importancia
en definitiva
cuando se hace dignamente
pero
en la diarrea
en el fango

en la sangre
y que dure
que dure tanto

⁂

Un romance tonto
una noche de verano
La vida el pasado
que añoramos
No
Aquí hemos desaprendido a añorar

⁂

He visto a hombres combatir
y por fin he podido pensar en él
él, muerto
un día en que todavía era hermoso
muerto en pie
de muerte elegida.

⁂

Cuando vi lo que vi
sufrir
como vi sufrir
morir
como vi morir
supe que nada
nada era demasiado en esta lucha.

⁂

Ese punto en el mapa
esa mancha negra en el centro de Europa
esa mancha roja
esa mancha de fuego esa mancha de hollín
esa mancha de sangre esa mancha de
ceniza

para millones
un lugar sin nombre.
De todos los países de Europa
de todos los puntos del horizonte
convergían los trenes
hacia lo in-nominado
cargados con millones de criaturas
que eran arrojadas allí sin saber dónde
estaban arrojadas con sus vidas
con sus recuerdos
con sus achaques
y su gran asombro
con su mirada que interrogaba
y que no vio más que fuego,
que ardieron allí sin saber dónde estaban.
Hoy se sabe
Desde hace unos años se sabe
Se sabe que ese punto en el mapa
es Auschwitz
Eso se sabe
Y lo demás se cree saberlo.

Esther

Yo estaba ya acostada cuando una vecina me hace señas:

—Preguntan por ti.

—¿Quién?

—Una niña. En la puerta.

Salgo. Hay una muchacha esperando, pero no parece conocerme. Yo no la conozco. Miro a mi alrededor. La calle de nieve sucia que separa los bloques está vacía. La muchacha está sola. La miro. Una judía. Va vestida de calle. Me mira, da un paso hacia mí y dice en alemán:

—¿Tú eres C.?

—Sí. Soy yo.

—Me llamo Esther. Sé que eres una camarada.

Se aviva mi desconfianza.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te lo contaré. Escúchame. No tenemos mucho tiempo. Pronto sonará el toque de queda. —Y después del toque de queda las atalayas disparan a todo lo que se mueva en el campo—. Soy judía, de Bielorrusia.

La miro. Es bajita, rechoncha, tiene las mejillas brillantes como manzanas. Veinte años, quizá menos. El pelo está recién rapado donde termina el pañuelo. A las judías les rapan la cabeza todos los meses; a las demás, solo a la llegada, salvo en caso de accidente. Está limpia, bien vestida. Comprende mi mirada, se disculpa:

—Trabajo en Effekts.

Es el comando que clasifica, ordena e inventaría lo que contienen las maletas de los

judíos, que estos dejan en el andén a su llegada a Auschwitz. El comando de Effekts está compuesto por judías seleccionadas entre las que ingresan en el campo. Las más jóvenes y las más fuertes de cada convoy son escogidas para trabajar. Van al campo. Las demás van a la cámara de gas. Las chicas de Effekts van bien vestidas porque se quedan con algunas de las prendas que manipulan. (Son judías, y las judías, en el campo, no llevan el uniforme de rayas. Llevan ropa de calle con una cruz grande de minio en la espalda. Por lo tanto, las de Effekts no tienen más que marcar así la prenda que se enfundan en lugar de la suya.) No están flacas porque venden a las otras prisioneras unas bragas o un jersey a cambio del mendrugo de pan o la porción de margarina que constituyen la cena. Están aseadas porque se cambian de ropa y se lavan en su lugar de trabajo, donde tienen agua corriente. Y los SS exigen que vayan limpias, pues se encargan de ordenar las pertenencias que serán distribuidas por el Socorro de Invierno a los civiles alemanes damnificados. Nosotras, en cambio, jamás tenemos ropa de repuesto. Nunca nos aseamos. Salvo las privilegiadas de Effekts, que son unas pocas decenas de mujeres, salvo la aristoracia del campo —jefas y subjefas de bloque, policías y condenadas alemanas de derecho común—, nadie se asea jamás.

Miro a Esther, su pañuelo blanco. Miro sus dientes, que iluminan su rostro. Digo:

—Tienes unos dientes muy bonitos.

—Precisamente, he venido a ayudarte. ¿Qué necesitas?

¿Que qué necesito? ¿Qué responder a eso?

—Sí. Necesitas de todo, ¿verdad? Volveré mañana. ¡Adiós!

A la misma hora, al día siguiente, vuelve. Se saca de la blusa un tubo de pasta de dientes, un cepillo nuevo envuelto en papel transparente.

—Lávate los dientes con un poco del té de la mañana.

Una camisa de punto rosa.

—Cuando esté sucia, la tiras; te daré otra. Es lo único que he podido coger hoy. Te traeré más cosas mañana. Un camisón para que no duermas más vestida.

Miro los objetos que me ha puesto en las manos. El mango del cepillo de dientes tiene grabados unos signos desconocidos. El tubo de pasta también tiene impresos unos signos desconocidos. Los últimos convoyes procedían de Grecia.

Me siento incómoda. ¿Dónde voy a guardar esto? No tengo bolsillos. Si lo dejo debajo de mi manta, habrá desaparecido cuando regrese de trabajar por la tarde. Miro el cepillo de dientes, el tubo nuevo, la camisa limpia. Objetos que necesito, que son superfluos. Forman parte de una vida abolida. La vida donde una se lava los dientes. Y ¿cómo compartir? Lo compartimos todo. Pero Esther acecha el placer en mi semblante.

—Gracias, Esther. Eres muy amable.

—Si una tarde vuelvo más temprano y no estás demasiado cansada, podríamos charlar un rato.

Me estrecha la mano y se aleja. Se gira para sonreírme con sus dientes limpios, feliz del placer que me ha proporcionado.

¿Quién era Esther? Nunca más volví a verla. El comando de Effekts sufría registros a me-

nudo, y las que no habían conseguido esconder sus hurtos eran enviadas a la columna disciplinaria o a la cámara de gas. Según el estado de ánimo del SS. Me enteré de que era de Grodno.

Beber

Después del recuento, las hileras se transformaban en columnas para ir a trabajar. En filas de cinco, nos bastaba con dar media vuelta sin movernos del sitio para estar preparadas frente al portón, listas para partir. Pero las cosas no iban tan rápido. Todavía había que esperar, marcar el paso. Las kapos se afanaban para formar sus comandos. Nos contaban de cinco en cinco y, al llegar a cien, partían la columna. Cada kapo cortaba su loncha de mano de obra. Así fue como, esa mañana, el corte se hizo en medio de nuestro grupo, y unas trabajaron en una demolición mientras las otras iban a otro lugar. Por la tarde, cuando el recuento nos reunió, Carmen me dijo: «Mañana volvemos. Me he fijado bien en la kapo, la reconoceré. Tú no te separes de nosotras. Presta atención para no quedarte fuera del corte. Hay agua».

Yo tenía sed desde hacía días y días, una sed de perder la razón, una sed de no poder comer, porque no me quedaba saliva en la boca, una sed de no poder hablar, porque no se puede hablar cuando no te queda saliva en la boca. Tenía los labios rajados, las encías hinchadas, la lengua como un pedazo de madera. Las encías hinchadas y la lengua hinchada me impedían cerrar la boca, y yo dejaba la boca abierta, como una enajenada, con las pupilas dilatadas, como una enajenada, los ojos despavoridos. O eso fue lo que me dijeron las demás, después. Creían que me había vuelto loca. Yo no oía nada, yo no veía nada. Creían incluso

que me había quedado ciega. Tardé mucho en explicarles, más tarde, que no estaba ciega, sino que no veía nada. Todos mis sentidos estaban anulados por la sed.

Carmen, con la esperanza de percibir un resplandor de inteligencia en mi mirada, me lo repitió varias veces: «Hay agua. Mañana podrás beber».

La noche fue interminable. Era atroz, qué sed pasaba por las noches; todavía me pregunto cómo pude llegar al final de aquella noche.

Por la mañana, agarrada a mis compañeras, muda aún, azorada, perdida, me dejé guiar: eran sobre todo ellas las que velaban por no perderme, pues por mi parte no había ya el menor reflejo, y sin ellas habría tropezado lo mismo con un SS que con una pila de ladrillos, o no me habría puesto en fila, y habría conseguido que me mataran. Solo la idea del agua me mantenía despierta. La buscaba por todas partes. La visión de un charco, de un reguero de fango un poco líquido, me hacía perder la cabeza, y ellas me retenían, porque yo quería abalanzarme sobre el charco o sobre el reguero de fango. Me habría abalanzado incluso sobre las fauces de los perros.

El camino era largo. Me parecía que no llegaríamos nunca. No pedía nada, porque no era capaz de hablar. Hacía mucho que ya ni siquiera intentaba formar palabras con los labios. Seguramente, mis ojos interrogaban con ansiedad; ellas me tranquilizaban sin cesar. «No tengas miedo. Estamos en el comando correcto. Hay agua, de verdad. Créenos.»

Por fin llegamos. Era un vivero. «Plantamos árboles. Árboles pequeños. Cuando están plan-

tados, los regamos. Les echamos una regadera entera de agua a cada uno», explicaban las que habían estado la víspera. En efecto, había una hilera de regaderas, cerca de un pozo. Quise precipitarme de inmediato, salirme de la fila. Viva me agarró de un brazo con firmeza. «Espérate a que la kapo termine de contar.» Una vez terminado el recuento, la kapo repartió los equipos. Ni yo ni ninguna de mis compañeras fuimos asignadas a las regaderas. Nosotras teníamos que mover arbustos y colocarlos junto a los hombres que plantaban. Yo estaba desesperada. Mientras todas se volcaban en consolarme, Carmen se hacía cargo de la situación. «Escúchame. Quédate tranquila cerca de Lulu. Pórtate bien, estate tranquila.» Me hablaba como a una enferma, despacio. «Trabaja. Toma, coge esto.» Me ponía en la mano, como una rama, un arbusto de tallo frágil. «El que saca el agua del pozo es polaco. Lo he reconocido, es el mismo de ayer. Él es el que llena las regaderas. Nosotras hemos traído un pan entero, ¿entiendes? Le pediré que, a cambio del pan, nos ponga agua ahí, detrás del grupo de árboles. Tú no te muevas. En cuanto esté todo listo, te haré una señal. No, no te muevas. Ahora vengo. Vuelvo enseguida.» Por suerte, no nos encontrábamos en un lugar llano y pelado. Había recovecos y recodos, aquí un cobertizo para herramientas, allá un tinglado de madera, de suerte que no estábamos siempre bajo la mirada de las kapos y los SS. Sostenida por Viva, rodeada y oculta por las demás, yo fingía trabajar. Iba y venía con ellas, con un arbusto en la mano, sin fuerzas para agacharme y dejar el arbusto junto a un surco donde un polaco lo cogía para plantarlo. Apenas me

tenía en pie, no sabía lo que hacía. Creo incluso que había dejado de experimentar la sensación de sed. Inconsciente, aturdida, no sentía, no percibía ya nada.

Carmen volvió. Viva y ella, tras asegurarse de que teníamos vía libre, me agarraron cada una por un brazo y me llevaron a un rincón formado por un pedazo de muro y el montón de arbustos que debíamos transportar. «*Voilà*!», exclamó Carmen, enseñándome el cubo con agua. Era un cubo de zinc, de los que se usan en el campo para extraer agua de los pozos. Un cubo grande. Estaba lleno. Solté a Carmen y a Viva y me tiré sobre el cubo de agua. Me tiré, literalmente. Me arrodillé junto al cubo y bebí como bebe un caballo, metiendo la nariz en el agua, metiendo la cara entera. No sabría decir si el agua estaba fría —debía de estarlo, recién sacada, estábamos a primeros de marzo—, yo no sentía ni el frío ni la humedad en mi rostro. Bebía, bebía hasta quedarme sin respiración, y me veía obligada a sacar las fosas nasales del agua de vez en cuando para tomar aire. Lo hacía sin parar de beber. Bebía sin pensar en nada, sin pensar en el riesgo de tener que parar, de ser golpeada si aparecía una kapo. Bebía. Carmen, que vigilaba, dijo: «Ya está bien». Me había bebido la mitad del cubo. Hice una pequeña pausa, sin soltar el cubo, abrazándolo. «Ven», me dijo Carmen, «ya está bien.» Sin responder —habría podido hacer un ademán, un movimiento—, sin moverme, volví a sumergir la cabeza en el cubo. Bebí y bebí. Como un caballo, como un perro. Un perro lame con lengua ágil. Forma una cuchara ahuecando la lengua para transportar el líquido. Un caballo bebe. El agua disminuía. In-

cliné el cubo para apurar el fondo. Casi tumbada en el suelo, succioné hasta la última gota, sin derramar ni una sola. Aún habría querido lamer el borde del cubo. Tenía la lengua demasiado rígida. Demasiado rígida también para lamerme los labios. Con una mano me sequé la cara, y me sequé la mano en los labios. «Esta vez va en serio», dijo Carmen, «el polaco está reclamando el cubo», y al mismo tiempo hacía señas a alguien detrás de ella. Yo no quería desprenderme de mi cubo. No podía moverme, de lo que me pesaba la tripa. Parecía algo independiente, un peso o un fardo que hubiesen enganchado a mi esqueleto. Estaba muy delgada. Hacía días y días que no me comía la ración de pan, porque no quería tragar nada, sin saliva en la boca, días y días que no podía tomarme la sopa, ni siquiera cuando estaba muy aguada, porque la sopa estaba salada y era como fuego sobre las llagas que me sangraban en la boca. Había bebido. Ya no tenía sed, y sin embargo no estaba del todo segura. Me lo había bebido todo, todo el cubo de agua. Sí, como un caballo.

Carmen llamó a Viva. Ellas me ayudaron a levantarme. Mi vientre estaba enorme. Y, de repente, sentí que la vida regresaba a mí. Era como si recuperase la conciencia de la sangre que circulaba, de los pulmones que respiraban, del corazón que latía. Estaba viva. La saliva volvía a mi boca. La quemazón de los párpados amainaba. Los ojos escuecen cuando las glándulas lacrimales están resecas. Mis oídos oían de nuevo. Vivía.

Viva me llevó con las demás mientras Carmen devolvía el cubo. A medida que mi boca se humedecía de nuevo, iba recuperando la

vista. La cabeza se me aligeraba. Podía sostenerla derecha. Veía a Lulu, que me miraba con inquietud, que miraba mi vientre enorme, y oía que le decía a Viva: «Quizá no tendríais que haberla dejado beber tanto». Sentía que se formaba saliva en mi boca. Sentía que recuperaba la palabra. Mover los labios seguía siendo difícil. Al fin pude decir, con una voz que era extraña porque mi lengua me entorpecía aún, porque a duras penas recobraba la flexibilidad, al fin pude decir: «Ya no tengo sed». «¿Estaba buena el agua, al menos?», preguntó alguien. No respondí. No había percibido el sabor del agua. Había bebido, sin más.

—Intentaremos volver mañana —dijo Lulu.

—Tendremos que guardar pan esta noche —añadió Cécile.

Al día siguiente, desorientadas por los empujones que sucedían al recuento, no conseguimos deslizarnos en el comando del vivero. Ya no tenía importancia. Estaba curada.

Hay personas que dicen: «Tengo sed». Entran en un café y piden una cerveza.

Yvonne Picard murió
tenía unos pechos preciosos.
Yvonne Blech murió
tenía los ojos almendrados
y unas manos muy expresivas.
Mounette murió
tenía un cutis precioso
una boca muy golosa
y una risa argéntea.
Aurore murió
tenía los ojos color malva.

Tanta belleza tanta juventud
tanto ardor tantas promesas...
Todas un valor de tiempos romanos.

E Yvette también murió
no era ni guapa ni nada
y valiente como ella sola.

Y tú, Viva,
y yo, Charlotte
dentro de poco moriremos
nosotras, que ya nada bueno poseemos.

El riachuelo

Es curioso, no recuerdo nada de aquel día. Nada salvo el riachuelo. Como los días eran todos iguales, de una monotonía solo rota por los grandes castigos, por los grandes recuentos, como los días eran todos iguales, es seguro que hubo recuento, que después del recuento se formaron las columnas de trabajo, que estuve atenta para entrar en la misma columna que las de mi grupo, que luego, tras una larga espera, la columna franqueó el portón y que los SS de la garita contaron las filas al pasar. Pero ¿y después? La columna ¿giró a la derecha o a la izquierda? ¿A la derecha, hacia las ciénagas, o a la izquierda, hacia las demoliciones o los silos? ¿Cuánto rato caminamos? No lo sé. Y ¿qué trabajo estuvimos haciendo? Tampoco lo sé. Me acuerdo de la jefa de columna porque su recuerdo está estrechamente relacionado con el riachuelo. Era una política alemana, que chillaba sin recuperar jamás el aliento. Lo que podía llegar a chillar esa mujer... Chillaba sin motivo aparente, chillaba agitándose, agitando la cabeza, las manos, el bastón, y golpeaba a diestro y siniestro, hasta que dejaba de agitarse, pero sin dejar de chillar —órdenes incomprensibles e inejecutables—, y nos ordenaba que cantáramos mientras caminábamos. Se decía que era una antigua socialista y que había llegado a Birkenau tras haber pasado por todos los campos y todos los presidios desde el ascenso al poder de Hitler, que llevaba siete u ocho años encarcelada. Suficiente para volverse loca. Tal vez se hubiera acostumbrado a

gritar para dar el pego y estar a la altura de su rango de kapo. Cuando agitaba el bastón, las más de las veces erraba el golpe; en cualquier caso, dejaba tiempo suficiente para esquivarlo. Realmente no soy capaz de recordar qué trabajo hicimos aquel día. Solo me acuerdo del riachuelo. Su recuerdo ha eliminado todas las demás impresiones de aquel día. Para reconstruir los hechos, tengo que esforzarme en reflexionar.

Como estábamos a primeros de abril —lo sé gracias a un cálculo: fue sesenta y siete días después de nuestra llegada, y llegamos el 27 de enero—, setenta de las nuestras seguían aún con vida. Esto se corresponde también a unas cuentas que hice por aquel entonces, y mi memoria está muy segura de ello. Pero no debíamos de ser setenta en el riachuelo aquel día porque, de las supervivientes, la mayoría estaban en el revir por culpa del tifus. Yvonne Picard ya había muerto, Yvonne Blech también, Viva todavía no; ella murió en julio. Yo estaba, pues, con mi grupito: Viva, Carmen, Lulu, Mado. Ellas también ingresaron en el revir cuando tuvieron el tifus, pero más tarde. En abril, estábamos las cinco en el campo. Íbamos siempre juntas a trabajar. Estábamos siempre juntas durante el recuento, caminábamos siempre cogidas del brazo, las cinco. Por lo tanto, es seguro que aquel día yo estaba con ellas. A pesar de que las veo con claridad en todos los lugares donde trabajamos, no las veo en absoluto a mi lado el día del riachuelo. A pesar de que veo sus gestos cuando layábamos en las ciénagas, cuando cavábamos una zanja, cuando transportábamos terrones helados y fangosos sobre esas angarillas que

llamábamos «tragues», cuando trasladábamos ladrillos o cuando empujábamos vagonetas cargadas de arena, cuando quitábamos escombros de las casas demolidas, no veo nada de ellas aquel día. No tengo la menor idea del trabajo que teníamos que llevar a cabo cerca de aquel riachuelo. Solo veo el riachuelo. En mi recuerdo, por mucho que insto a mi memoria, solo estamos el riachuelo y yo. Lo cual es falso, completamente falso. Nunca nadie estuvo a solas en ese lugar salvo que se encontrara en aislamiento, y no conozco a nadie a quien encerraran allí. Nadie de entre nosotras, quiero decir.

Simplemente porque no pudo ser de otro modo, la columna conducida por la kapo alemana medio loca llegó al lugar de trabajo. La kapo contó la columna —ciertamente, pues se hacía siempre— y cogimos las herramientas. Pero ¿cuáles y para hacer qué? Nos pusimos manos a la obra. ¿Con layas? ¿Con palas, o con las manos vacías, para los raíles y los ladrillos? No recuerdo más que la luz de aquel día, porque el recuerdo de esa luz está asociado al del riachuelo. Hubo —siempre era así— un toque de silbato para el descanso de mediodía, la fila y la cola ante los bidones de sopa: ¿nos tomamos la sopa de pie o sentadas? No lo sé. Sentadas, tal vez, porque hacía bueno. Pero ¿sentadas sobre qué? Si hubiéramos trabajado en una obra de demolición, habríamos encontrado puertas viejas o tablas viejas para sentarnos. Hacía bueno, pero no calor suficiente para sentarse en la hierba. Es más: ¿había hierba? Probablemente, porque estábamos cerca de un riachuelo. Debíamos de estar, por lo tanto, en un campo. Después de la sopa —en este punto

mi recuerdo es muy preciso—, la kapo gritó: «Ahora, si queréis, podéis ir a lavaros al riachuelo». De esto estoy segura. Sin embargo, no veo con quién me dirigí hacia el riachuelo. Y es imposible que fuera sola. ¿Con quién estaba? En verdad, lo ignoro. Siempre permanecíamos al menos en parejas, parejas que no se separaban jamás. Sin lugar a dudas, fuimos las cinco juntas, y charlando, siempre estábamos charlando. No veo a las demás, no veo a Viva, que siempre me ayudaba a caminar. Me recuerdo bajando sola hasta la ribera del riachuelo. Era abril. Y podría decir la fecha exacta, porque fue al sexagésimo séptimo día de nuestra llegada, y nos habíamos tomado muchas molestias para contar los días a partir de la llegada, que fue el miércoles 27 de enero, para tratar al menos de recordar las fechas. ¿Las fechas? ¿Qué fechas? Y ¿qué importancia tenía que fuese viernes o sábado, el aniversario de esto o de lo otro? Las fechas que había que recordar eran la muerte de Yvonne o la muerte de Suzanne, la muerte de Rosette o la de Marcelle. Queríamos estar en condiciones de declarar: «Fulanita murió el...» cuando nos lo preguntaran, si algún día volvíamos. De ahí que lleváramos una cuenta escrupulosa de los días. Se producían largas discusiones entre nosotras cuando no nos poníamos de acuerdo con las cuentas. Pero me parce que las cuentas eran acertadas. Hacíamos comprobaciones constantemente: «No, lo de los perros fue anteayer, no ayer». Los domingos, las columnas no salían del campo. Esto nos proporcionaba un punto de referencia y permitía restablecer la cuenta cuando habíamos perdido el hilo de los días.

Llegué al borde del riachuelo. No hacía mucho que su agua había recuperado el movimiento. Creo incluso que era la primera vez que veíamos el agua de aquel riachuelo. Sin duda, había estado congelado hasta entonces y por eso no le habíamos prestado atención. De lo contrario, durante todas las semanas en las que tuve tanta sed, yo lo habría visto. Corría sobre guijarros, entre dos riberas herbosas. Sí, ahora me acuerdo de la hierba. De la mala hierba, aquí y allá, un arbusto cuyos brotes habían estallado.

Lo que me extraña, cuando lo pienso ahora, es que el aire era liviano, límpido, pero que no se olía absolutamente nada. Por lo tanto, debíamos de estar bastante lejos de los crematorios. O bien el viento soplaba en otra dirección aquel día. De todos modos, el olor de los crematorios ya no lo percibíamos. Sí, lo que me extraña es que el aire no transportara el más mínimo olor a primavera. Sin embargo, los brotes, la hierba, el agua, todo eso debía de oler a algo. No, ningún olor en mi recuerdo. Cierto es que tampoco recuerdo mi olor cuando me arremangué el vestido. Lo que viene a demostrar que mis fosas nasales estaban obstruidas por nuestro propio hedor y que ya no percibían absolutamente nada.

Bajé con precaución a la ribera del riachuelo y medité de qué manera ejecutar, ajustar y coordinar mis gestos, con el fin de no perder un segundo. El descanso era breve y había que sacarle el máximo partido. La margen no era resbaladiza, pero no quería arriesgarme a mojarme los zapatos, hacía realmente poco tiempo que se habían secado por primera vez. Lo que significa que aquel riachuelo no es-

taba en la ciénaga, pues la ciénaga, en abril, se había deshelado y no era más que un barrizal. Por lo demás, me acuerdo muy bien de la hierba, ahora, y en la ciénaga no había hierba.

Calculé que podría lavarme la cara con los pies en el agua, lo que adelantaría el posterior lavado de pies. De modo que me senté en la hierba del talud y me quité los zapatos, que dejé bajo la chaqueta, por precaución. Eso significa que ni Viva ni ninguna otra de mi grupo estaba conmigo, pues habríamos puesto juntos los zapatos. Me había quitado la chaqueta, el pañuelo —para lavarme la cara y las orejas—, pero ni se me pasó por la cabeza deshacerme del vestido para lavarme el cuello y los brazos. Había luz, incluso sol, pero no hacía calor. Tras acomodar zapatos, chaqueta y pañuelo, me quité las medias. No me las había quitado desde la llegada, sesenta y siete días atrás. Me las quité dándoles la vuelta. En la punta del pie noté cierta resistencia. Las medias estaban pegadas. Tiré con más fuerza y las medias salieron, del revés, con un extraño dibujo en la punta. Miré el dibujo, que era realmente curioso. Me miré los pies. Estaban negros de mugre, y, en la punta, de un negro muy particular, más bien morado, había pegotes secos en los dedos; mis dedos estaban extrañamente disfrazados. Salvo los dos dedos gordos, todos habían perdido las uñas, y eran las uñas, desprendidas y pegadas a las medias, las que creaban el curioso dibujo. Naturalmente, no había tiempo para meditar acerca de aquel detalle. No había tiempo que perder si quería asearme. Más tarde comprendí que debían de habérseme congelado los dedos de los pies. O bien fueron las demás quienes

taba en la ciénaga, pues la ciénaga, en abril, se había deshelado y no era más que un barrizal. Por lo demás, me acuerdo muy bien de la hierba, ahora, y en la ciénaga no había hierba.

Calculé que podría lavarme la cara con los pies en el agua, lo que adelantaría el posterior lavado de pies. De modo que me senté en la hierba del talud y me quité los zapatos, que dejé bajo la chaqueta, por precaución. Eso significa que ni Viva ni ninguna otra de mi grupo estaba conmigo, pues habríamos puesto juntos los zapatos. Me había quitado la chaqueta, el pañuelo —para lavarme la cara y las orejas—, pero ni se me pasó por la cabeza deshacerme del vestido para lavarme el cuello y los brazos. Había luz, incluso sol, pero no hacía calor. Tras acomodar zapatos, chaqueta y pañuelo, me quité las medias. No me las había quitado desde la llegada, sesenta y siete días atrás. Me las quité dándoles la vuelta. En la punta del pie noté cierta resistencia. Las medias estaban pegadas. Tiré con más fuerza y las medias salieron, del revés, con un extraño dibujo en la punta. Miré el dibujo, que era realmente curioso. Me miré los pies. Estaban negros de mugre, y, en la punta, de un negro muy particular, más bien morado, había pegotes secos en los dedos; mis dedos estaban extrañamente disfrazados. Salvo los dos dedos gordos, todos habían perdido las uñas, y eran las uñas, desprendidas y pegadas a las medias, las que creaban el curioso dibujo. Naturalmente, no había tiempo para meditar acerca de aquel detalle. No había tiempo que perder si quería asearme. Más tarde comprendí que debían de habérseme congelado los dedos de los pies. O bien fueron las demás quienes

me dieron la explicación cuando compartí mi asombro con ellas. Os aseguro que ver las uñas de tus pies incrustadas en unas medias resulta asombroso.

Veamos: la cara, los pies, las piernas. También habría que lavarse el trasero. Me quité las bragas y las dejé encima del montón formado por la chaqueta, el pañuelo y los zapatos. Las bragas debían de apestar. También era la primera vez que me las quitaba en sesenta y siete días. Pero no, lo cierto es que yo no olí nada. El olfato es todo un misterio. Tiempo después de volver a casa, seguía dándome al menos dos baños cada día —una auténtica manía— frotándome con un jabón bueno; hacía semanas que había vuelto a casa, pero yo seguía percibiendo en mi piel el olor del campo, un olor a purín y a carroña. Y aquel día, junto al riachuelo, me quité las bragas tiesas por la diarrea seca —si creéis que había papel o cualquier otra cosa, antes de que la hierba volviera a crecer...— y el olor no me repugnó.

Bajé al agua. Estaba tan fría que me cortó el resuello. Me llegaba apenas a los tobillos, pero resultaba sorprendente el contacto del agua sobre la piel.

Y ahora, ¿por dónde empiezo? ¿La cara o el trasero? Rápido, cogiendo agua a manos llenas, inclinándome bien para no mojarme el vestido, del que me había desabotonado el cuello, me eché agua en la cara. Primero despacio, porque la sensación del agua en el rostro era tan nueva, tan maravillosa, pero enseguida rectifiqué. No había tiempo que perder, y me puse a frotar vigorosamente, sobre todo detrás de las orejas. ¿Por qué las madres insisten

tanto en las orejas? No se ensucian más que otras partes del cuerpo.

¿En qué pensaba yo mientras trataba de limpiar mi piel por partes? ¿En la última ducha que me había dado, el día de la llegada? Después de raparnos, nos hicieron pasar por la ducha. Yo todavía tenía mi jabón y mi toalla de rizo. El resto habíamos tenido que dejarlo en las maletas, a la entrada del barracón. Cuando nos ordenaron que nos desnudáramos del todo, que pusiéramos todas nuestras cosas en las maletas sin guardarnos nada, yo vacié sobre mi cuello un frasquito de perfume que una amiga me había metido de extranjis en un paquete, uno de los últimos paquetes que había recibido antes de la partida. Hasta aquel momento yo me había racionado el perfume, hasta el punto de conformarme a veces con abrir el tapón y aspirar su aroma, de noche, antes de dormir. Desnuda en medio de las demás, miré con ternura el frasquito —Orgueil, de Lelong; bonito nombre para un perfume, «orgullo», en un día así—, y vertí despacio todo el Orgueil entre mis pechos. Luego, bajo la ducha, tuve cuidado de no enjabonar la zona del perfume, para conservar su rastro. No creo que aguantara mucho aquel rastro oloroso. Es cierto que, como acabo de decir, se nos ofuscó el olfato muy rápido. Yo me había propuesto lavarme cuidadosamente, pero una kapo gritó para acelerar los movimientos y el agua se cortó. Entré en la cámara de vapor donde estaban ya Viva, Yvonne y las demás, enjuagada solo a medias. Se echaron a reír. La última risa que resonó entre nosotras. «¡Qué bien hueles!», dijo una. «Deja que me siente a tu lado un momento. Ya no inhalaremos más

aromas agradables.» Debía de ser de la zona de Tours, se expresaba muy bien. «Inhalaremos», esa palabra se me quedó grabada en la memoria, junto con la voz de quien la pronunció, pero ya no recuerdo quién fue, ni vuelvo a ver su cara.

De modo que aquel día, en el riachuelo, debí de pensar en esa última ducha, y quizá también en el placer que proporciona sumergirse en un agua tibia y amable. O bien en todas las que habían muerto desde nuestra llegada sin haberse echado agua en la cara. Pero todo esto no es más que un recuerdo añadido. Yo no pensaba en nada, en nada más que en el riachuelo, y toda mi reflexión se concentraba en lo que tenía que hacer para asearme, para quitarme la mayor suciedad posible en el menor tiempo posible. Frotaba con rapidez y firmeza, por suerte sin forma de comprobar el resultado, lo que me habría desanimado. La cara ya está bien, el tiempo pasa. Fue la única vez, allá abajo, en la que me habría gustado estirar un poco el tiempo. Había que considerar que la cara ya estaba bien. Entonces me arremangué el vestido y lo enrollé alrededor de la cintura, reteniéndolo con los codos, para acuclillarme por encima del agua. Empezaba a tener frío en los pies, e intentaba frotarlos contra el fondo de cascajos. Enseguida renuncié, pues me hacía perder el equilibrio. Con el vestido subido, palpé apenas con las yemas de los dedos cómo los huesos se me marcaban en las caderas, de lo mucho que había adelgazado. Tenía demasiada prisa para detenerme en eso. Volví a coger agua ahuecando las palmas de las manos y empecé a frotar. Los pelos del pubis, que me habían afeitado al llegar,

habían vuelto a crecer. Estaban pegados por la diarrea, y me costaba mucho desenredarlos. Si hubiera podido devolverles su largura y su rizo, habría experimentado una verdadera sensación de limpieza, pero habría tenido que tenerlos a remojo durante horas. Yo frotaba, frotaba hasta arañarme, sin conseguir lo que me proponía. Era repugnante. ¡Y qué fría estaba el agua! Me congelaba el vientre. Era el momento de atacar otra parte. Por lo demás, yo no veía lo que frotaba; lo que sí veía eran mis muslos y mis piernas, mis pies, negros de mugre. Mis pies, en la transparencia del agua donde llevaban un buen rato sumergidos, no habían, sin embargo, cambiado de color.

Para la cara, para el trasero, había pensado en coger un puñado de arena a guisa de jabón, pero no me había decidido. En los muslos y en las piernas, en cambio, la piel es más recia. Con la mano llena de tierra mojada, empecé a frotar el muslo derecho, por encima de la rodilla. La piel se aclaraba un poco, se enrojecía. Sí, en verdad me parecía que se aclaraba. Frotaba con toda mi energía, sobre todo la rodilla. Tuve que frotar otra zona cuando vi perlarse unas gotitas de sangre. Frotaba con demasiada fuerza y la arena era demasiado gruesa. Iba a ponerme con la otra rodilla cuando la kapo tocó el silbato. ¡En filas! El descanso había terminado. Rápidamente me puse de nuevo las bragas, me sequé los pies en la hierba, me calcé las medias y las uñas, los zapatos. Agarré la chaqueta y el pañuelo para unirme a las filas. Es decir, así debió de pasar, pues no me acuerdo de nada en absoluto. Solo me acuerdo del riachuelo.

Es la última vez que veré a Viva. Tengo un conocimiento tan preciso de la muerte que podría asegurar a qué hora morirá Viva. Antes de mañana por la mañana.

Es la última vez que vendré a visitar a Viva al revir de Birkenau. Si no fuera por Viva, no tendría arrestos de volver a este lugar.

Es la última vez que veré a Viva.

Sin sus rizos, no la habría reconocido. ¡Cómo le ha crecido el pelo! Cuánto tiempo habrá sufrido, Viva.

Está ahí, ya sin vida, sobre las tablas desnudas. Las tablas apestosas que han dejado a flor de piel el hueso, en la punta del hombro. Tenía unos hombros muy bonitos, Viva.

Sin su pelo, no la habría reconocido. La piel pegada a los maxilares, la piel pegada a las órbitas, la piel pegada a los pómulos. Viva tiene la muerte en la cara. La muerte afina la piel. La afina y la tensa, y le otorga una extraña transparencia.

Digo en voz baja: «Viva». Viva ya no me oye, ya no me ve. Le cojo la mano sin que nada en ella responda, ni el menor estremecimiento. Tiene la mano fría. La muerte ya se ha apoderado de su mano. Su pulso late lejos, muy lejos. La muerte subirá de la mano a los ojos. De aquí a mañana por la mañana.

Mañana por la mañana, por delante de las filas del recuento, Viva pasará en la camillita, con los pies por fuera y la cabeza colgando entre las varas de la camillita. Y puede que una de las que estén de pie en las filas del recuento, a sabiendas de que su turno para ir sobre la ca-

millita está ya escrito, puede que una de ellas diga al ver los hermosos rizos negros de Viva: «Esa ha aguantado mucho tiempo». Un invierno entero, una primavera entera.

Sí, habrá luchado mucho tiempo, Viva. Me habrá ayudado mucho tiempo.

Es la última vez que veré a Viva.

Ni una lágrima derramé. Hace mucho mucho tiempo que no me quedan lágrimas.

Lily

—¿Lily no está? ¿Dónde está Lily? —preguntaban las que habían pasado la mañana en los campos.

Las otras les hacían gestos para que bajaran la voz, señalando a Eva.

—Han venido a buscarla al laboratorio.

—Una pareja.

—¿Le cogemos la sopa igualmente?

—Ya se ha encargado su prima.

Eva estaba sentada. Comía. No miraba nada. Y nosotras no la mirábamos a ella. A su lado, el sitio de Lily estaba vacío. El taburete, la madera desnuda de la mesa, la escudilla con la sopa que se enfriaba. La ración de Lily. Nadie miraba la sopa ya espesa en la escudilla. Nadie miraba a Eva, que comía pausadamente, quizá con más calma que de costumbre.

Todo el mundo había terminado de comer. Estábamos recogiendo. En la mesa de Lily y de Eva, la que recogía las escudillas se saltó el sitio de Lily y dejó allí la sopa fría, como si no la hubiera visto.

Al toque del silbato, salíamos del comedor. Formábamos las filas para volver al trabajo. Nadie se acercaba a Eva, nadie le hablaba. Hablarle habría parecido uno de esos gestos de compasión que se tienen en momentos de desdicha.

Dos SS habían venido a buscar a Lily por la mañana. Ella estaba de pie delante de una balanza. Pesaba la tierra de unas macetas pequeñas y anotaba el peso de cada maceta en una hoja. Los SS habían pronunciado su nombre en

voz alta, desde el umbral de la sala. Ella había dejado de pesar, había anotado una cifra más y había preguntado: «¿Yo?» en alemán. Lily hablaba muy bien alemán.

—Komme! —había dicho uno de los SS.

—¿Ahora?

—Ja. Schnell!

Sí, tú, rápido. Lily se había quitado la bata. Una compañera la había ayudado. Era una bata de ayudante de laboratorio abotonada a la espalda. Por las mañanas teníamos que ayudarnos mutuamente para abotonar todos esos botones a lo largo de la espalda, y por la tarde ayudarnos para desabotonarlos. Lily se había quitado la bata. Debajo, el vestido de rayas estaba limpio, bien ajustado, incluso un poco corto. Lily tenía veinte años. Su coquetería no cedía a la cautividad. Se había acortado el vestido de rayas.

Los SS estaban impacientes, pero no hacían gala de brutalidad. Estar en un laboratorio donde todo se les antojaba científico y complicado, ver a las químicas con sus batas blancas, con sus gestos precisos, el silencio, el ambiente serio, les causaba impresión. Lily no se daba ninguna prisa. Como habla alemán, pregunta a los SS dónde y por qué se la llevan. Uno de ellos saca un papel doblado del bolsillito exterior de la guerrera, mira al otro para obtener su aprobación («¿Se lo decimos?»), y responde: «Politische Abteilung» (Departamento político, es decir, la policía, la Gestapo). Lily pone el pretexto de ir al baño para advertir a su prima, que dibuja en una sala contigua. Eva ya está al tanto. Una de las químicas, de gestos y andares estudiados, ya había llevado una probeta al despacho de Eva. Eva, por lo

tanto, sabía, y se hacía preguntas. ¿Por qué convocaba la policía a Lily? Todas nos hacíamos preguntas.

Lily se marcha tras una breve despedida. Desde las ventanas la vemos alejarse, muy erguida entre los dos SS. Solo llevaba el vestido. Estábamos en verano. En verano no nos poníamos la chaqueta. La carretera estaba bañada de sol. La miramos hasta que dejamos de verla, muy erguida entre los dos SS, y sabiendo quizá por qué la llamaban. Nosotras no lo sabíamos, y nos lo preguntábamos. La policía no convocaba por nada. En verdad, no sabíamos por qué motivos podía convocarte la policía. Lily era la primera.

La veíamos caminar entre los dos SS. Veíamos su pelo negro y brillante, rapado hacía poco (Lily era judía. A las judías las rapaban con frecuencia), su pelo que volvía a crecer negro y brillante, como el pelaje brillante de un perro. El pelo le crecía también en la nuca, tan largo en la nuca como en el resto del cráneo. Lily se lo dejaba así, no lo igualaba. Cuando te han rapado la cabeza varias veces, ya no quieres cortarte el pelo jamás, ni siquiera para despejar el cuello.

Lily caminaba entre los dos SS. Ella sabía, tal vez. Los dos SS no sabían.

Por turnos, siempre con un cuenco o con un tubo de ensayo en la mano, íbamos a ver a Eva a su mesa de dibujo. Eva hacía unos dibujos muy bonitos: acuarelas con los diferentes tipos de hojas y flores, y los diferentes tipos de raíces, las características señaladas mediante flechitas que remitían a una explicación escrita con letra muy fina en tinta china en el borde de la página. Cuando no estaba Herr

Doktor, el jefe SS del laboratorio, Eva dibujaba flores de verdad, follajes de verdad, pájaros y casas. También hacía retratos. Más tarde, cada una de nosotras recordaría que aquel día pensó: menos mal que Eva ha hecho un retrato de Lily. Pero aquel día no sabíamos.

A mediodía, Lily no había vuelto aún. Tampoco por la tarde. Entre nosotras, comentábamos: «La están interrogando». Los interrogatorios duran mucho. Ninguna decía lo que pensaba en lo más profundo de su alma, que no se atrevía a expresar y que se reprochaba pensar. Por lo demás, hablábamos mucho para no pensar, verbalizábamos nuestras conjeturas. En cuanto Eva aparecía, nos callábamos. Eva estaba ahora aún más sola, y no solo porque ya no tenía a Lily. Pero ¿cómo hablar con Eva? Evitar pronunciar el nombre de Lily no resultaba natural, pronunciarlo significaba manifestar la aprensión, y quizá Eva estuviera tan tranquila como aparentaba, así que ¿por qué transmitirle inquietud? Sabíamos también que si nos dábamos este argumento era por cobardía. Eva no podía estar tranquila. Más tarde nos dijo que la primera noche no pegó ojo. Su cama y la de Lily estaban juntas en el dormitorio. Eva, en estado de alerta, había aguardado, con la esperanza de reconocer entre los ruidos nocturnos los pasos de los SS que traerían de vuelta a Lily tras el interrogatorio. Tampoco durmió la segunda noche, en la que ya no esperaba oír a Lily volver.

Al día siguiente, seguíamos evitando a Eva. A mediodía, el sitio de Lily seguía libre, pero no se había llenado su escudilla. Mejor mantener caliente su ración de sopa.

... Desde mi mesa, veía a Lily de espaldas, su nuca de pelo recio, negro y liso como el pelaje de un perro, por encima del cuello del vestido. Incluso cuando no estaba, su taburete vacío, me parecía que estaba en su sitio, con su espalda afanosa, su nuca de chico a quien sus padres no le dan unas monedas para que vaya al barbero, y el pelo que vuelve a crecer, aplastado, liso y tieso, como el de los campesinos humildes.

Solo al tercer día lo supimos. Fuimos todas hacia Eva. La abrazamos. No fuimos capaces de hablar con ella. Eva no lloraba. Tenía el semblante vencido, la mirada aún más extenuada que antes. Lily era la única pariente que le quedaba. Toda su familia había sido gaseada. Todos los habitantes de la pequeña ciudad de Eslovaquia habían sido gaseados. Entonces, las otras, a la mesa, se espaciaron. Retiraron el taburete y ya no se apreciaba que faltaba Lily.

Ahora sabíamos. ¿Cómo lo supimos? Casi imposible decirlo. Por los hombres, seguramente. Por Eva no, en cualquier caso. Eva no había contado nada a nadie. Todas sabían sin que ninguna hubiera dicho nunca nada.

Trabajábamos en un laboratorio a pocos kilómetros del campo grande. Un día, los sabios alemanes habían decidido estudiar y aclimatar en Polonia el kok-saghyz que habían visto en Ucrania. El kok-saghyz es una especie de diente de león cuya raíz contiene látex, que los rusos cultivaban a escala industrial, extrayendo un caucho comparable al de la hevea. El asunto interesaba a los alemanes. Querían probar a cultivarlo en los territorios conquistados, y habían traído de Rusia costales con

semillas. Para la sala de ensayos de Auschwitz habían necesitado químicas, biólogas, botanistas, agrónomas, traductoras, dibujantes, ayudantes de laboratorio, y habían sacado de Birkenau, el campo de la muerte, a las que ejercían esas profesiones. Para esas pocas —menos de un centenar— era la salvación.

Allí estábamos bien porque podíamos asearnos, disponer de vestidos limpios, trabajar bajo techo. El cultivo del kok-saghyz no daría resultados antes de 1948, la guerra habría acabado. Estábamos lejos del campo, ya no percibíamos el olor. Solo veíamos el humo que subía de los hornos crematorios. Algunas veces, el fuego era tan fuerte que brotaban llamas de las chimeneas, inmensas, hasta el cielo. Por la tarde, surgía en el horizonte un reflejo rojizo de altos hornos. Sabíamos que no eran altos hornos. Eran las chimeneas de los hornos crematorios, eran las personas que ardían. Era complicado estar bien y no pensar día y noche en todas esas personas que ardían día y noche, por millares.

Alrededor del laboratorio se extendía el jardín donde los prisioneros —un comando de hombres— cultivaban flores y hortalizas para los SS. Flores para las bodas y los entierros. Según preparasen los jardineros ramos o coronas, un SS se casaba, un SS había muerto. Hubo SS que murieron de tifus.

Los hombres, los jardineros, venían del campo de los hombres, cada mañana, para trabajar en el jardín. Teníamos prohibido hablar con ellos. Naturalmente, nosotras hablábamos con ellos. Detrás de un invernadero, desplazando las macetas, mientras regábamos nuestras semillas (pues el cultivo experimental del

kok-saghyz era competencia del laboratorio, de nuestro comando), nos las arreglábamos para hablar con los hombres. Nos transmitían noticias. Los hombres estaban mejor organizados que nosotras para las noticias. Algunas de nosotras tenían algún amigo entre ellos, incluso a su prometido. Era el caso de Lily. Su prometido era un polaco. Se habían prometido intercambiando una mirada, mientras el hombre estaba inclinado sobre unas plantas. Se habían prometido intercambiando unas cuantas palabras sin mirarse, sin que pareciera que hablaban, pues el SS podía llegar de improviso y sorprenderlos. Por él, por su prometido, era Lily coqueta. Cuando salía del laboratorio, prendiéndose del brazo una cesta con raíces que fingía transportar a alguna parte, cuando salía al jardín tras haber espiado a su prometido por la ventana y ver que este se arrodillaba junto a un cajón invernadero, precisamente en el borde del camino por el que ella pasaría, Lily se ponía por encima del vestido un cuello blanco que el resto del tiempo se guardaba por debajo. Estaba prohibido ponerse un cuello blanco por encima del vestido de rayas. Encontrar un retal de tela para hacerse un cuello, hilo, aguja, era una empresa difícil y complicada, pero se había establecido toda una cadena entre el taller de confección, situado en el campo de los hombres — donde las prisioneras trabajaban para los SS—, y el laboratorio con el que el comando de jardinería hacía de enlace.

Cuando su prometido traía algo para Lily — cigarrillos de su ración, un pepino robado—, lo escondía bajo las hojas de calabaza, cerca del pozo. E incluía una notita. Lily cogía lo que su

prometido le había dejado, lo metía a hurtadillas en la cesta, con las raíces de koksaghyz, y dejaba a su vez, bajo las hojas de calabaza, una notita que él recogía a continuación. Estaba prohibido escribir a los hombres, estaba prohibido escribir, en general. Pero ¿cómo hablar, cómo hablarse al pasar de ese modo, incluso varias veces, con una cesta de raíces en el brazo, una cesta siempre llena de las mismas raíces, que cada mujer que salía a hablar con los hombres cogía y dejaba al volver detrás de la puerta del laboratorio, para que la usara otra? Así pues, Lily escribía. Dedicaba las noches a escribir. Y cada noche era feliz escribiendo.

Aquel día, el prometido de Lily no había venido. Lo habían enviado a otro comando. Había explicado a un compañero dónde encontrar la carta de Lily. Al franquear la puerta de entrada del campo —aquella puerta coronada con el lema «El trabajo libera»—, por la tarde, volviendo del trabajo, el compañero había perdido la nota, doblada muy pequeña, que se le había resbalado del pantalón (no del bolsillo, jamás había que guardarse nada en los bolsillos. Los registros empezaban siempre por los bolsillos, obviamente). Un SS había interceptado el papel, había llamado al compañero y, en la Politische, lo habían interrogado. Él había dicho que la nota era suya. Bien. Y ¿quién era la que la firmaba, la tal Lily? No había querido decirlo. Lo habían azotado y azotado. A los policías les resultaba muy sencillo buscar a una Lily en el laboratorio. Lo habían azotado igualmente. Luego, todos los hombres fueron convocados en la plaza del campo, frente a las cocinas. El comandante

anunció que sería fusilado aquel que hubiera recibido una carta de una tal Lily en la que se transmitían consignas políticas (porque, para la Gestapo, todo estaba codificado, y las palabras de amor traducían por fuerza consignas políticas). Entonces, el prometido de Lily salió de la fila para que su compañero no fuera fusilado en su lugar. Los dos hombres fueron enviados al calabozo. Al día siguiente, dos SS vinieron a buscar a Lily. Ella se había marchado flanqueada por los dos SS, por la carretera bañada de sol, sabiendo quizá, quizá sin sospechar. Y los fusilaron a los tres.

En la carta de Lily a su prometido aparecía esta frase: «Aquí, somos como plantas llenas de vida y de savia, como plantas que quisieran crecer y vivir, y no puedo evitar pensar que estas plantas no están destinadas a vivir».

Nos lo dijo uno de los hombres que trabajaban en la Politische.

El oso de peluche

Las polacas habían decidido que necesitábamos guisantes. Un vaso por persona. Las rusitas trabajaban precisamente en el ensacado de la cosecha, era fácil comprarles. Al volver por las tardes, vaciaban de los zapatos los guisantes secos que habían escondido (allí calzábamos zapatos grandes). Un vaso lleno a cambio de un mendrugo de pan.

Por supuesto, querían guisantes con coles. Las francesas nos mostrábamos escépticas... El jardinero, un polaco, regalaba las coles. Después habría patatas en salsa. Las patatas serían afanadas de la cocina. Si encontrábamos remolacha, empezaríamos por un borsch. Y recitaban la receta del borsch, qué suculento, sobre todo con crema agria. Pero por mucho que buscáramos e imagináramos todas las artimañas, no habría crema agria.

La contribución de cada una se había fijado, además, en dos cebollas —que también debíamos comprar a las rusitas (otro mendrugo de pan que habría que restar a la ración)—, un pellizco de margarina, un paquete de fideos y dos terrones de azúcar. Las polacas se encargaban de aportar las semillas de amapola, que recibirían en sus paquetes. Sus paquetes llegaban con más regularidad que los nuestros. La comida de Navidad no se concebía sin los fideos con semillas de amapola.

Hanka lo recogía todo. Era una gran responsabilidad. Un registro podía provocar que descubrieran y confiscaran las provisiones, sin prejuicio del castigo que se infligiría al co-

mando entero. Pero Hanka llevaba cuatro años en el campo. Era muy avispada.

La idea era montar una cena tradicional. Una cena polaca, porque las polacas eran las más numerosas. Las rusas, aunque también eran muchas, no estaban invitadas.

Noviembre había sido neblinoso. El globo del sol se hundía, cada día más bajo, anaranjado, en medio de la grisura de la llanura, sobre la línea indecisa de poniente. Con diciembre, el campo se había recubierto de una costra de hielo que brillaba con el claro de luna, por las noches. Y cuando salíamos para ir al baño oíamos, sobre la tierra helada, las pisadas del centinela que se paseaba sin cesar detrás de las alambradas, plateadas de escarcha. A veces era un SS que canturreaba óperas. A pleno pulmón, como si tuviera miedo. Creaba un efecto fantástico en la inmovilidad azulada de la noche. Luego, había nevado. Hacía falta nieve para celebrar la Navidad.

Una vez concluida la jornada, cada una, encaramada en su catre, se afanaba en sus regalos, cosía, dibujaba, bordaba, tejía. El menor jirón de tela, la menor hebra de lana encarnaban la recompensa de unos perspicaces ardides. Durante ese tiempo, las últimas tardes, las cocineras, que andaban preocupadas, instalaban sus marmitas sobre la estufa del laboratorio para que, cuando llegara el día, solo tuviéramos que calentar los platos justo antes de la comida. Hacía tanto frío que la conservación estaba asegurada. Wanda se encargaba del árbol. También nos prometía una sorpresa.

Y llegó la Nochebuena.

Terminábamos de trabajar a las cuatro. La cena se iniciaría con la aparición de la pri-

mera estrella, como manda la tradición polaca. Teníamos poco tiempo para ponernos guapas, planchar el vestido, por turnos, pues solo había una plancha y había que esperar a que se calentara en la estufa (¿de dónde había salido aquella plancha...?), peinarse. Las expertas se dedicaban a poner los rulos. «Cécile, después de Gilberte me toca a mí.» «¡No, a mí!» Disfrutábamos de nuestro pelo crecido, que sin embargo todavía no permitía bucles bien gruesos. Algunas se ponían unas medias de seda de misteriosa procedencia. Resulta extraordinario lo finas y relucientes que pueden ser las piernas. Las otras miraban con envidia. Nos poníamos cuellos blancos, cortados de los bajos de las camisas, por encima de los vestidos de rayas. Las morenas hacían tiras de papel y formaban flores que se colocaban en el cabello. En la enfermería habíamos recibido vaselina, que nos untábamos en los párpados. Y, en el dormitorio, reinaba el mismo ambiente de nerviosismo que antes de un baile. «¿Has terminado con la aguja?» «¿Quién puede prestarme el cepillo?» «¿Alguien ha visto mi cinturón?» «Daos prisa con la plancha, que por aquí todavía no ha llegado.»

Alguien vino a avisar de que todo estaba listo, que había que darse prisa. La primera estrella... En un segundo, la sala se llenó.

Casi no nos reconocíamos con el pelo arreglado y el maquillaje. Las químicas del laboratorio habían fabricado carmín para las mejillas y los labios, unos polvos. Pero solo habían podido hacer un color, lo que nos creaba cierta sensación de incomodidad; todas esas caras pintadas del mismo modo, con el mismo tono. Los vestidos de rayas se volvían todavía más

idénticos. De pronto tuvimos la sensación de que nuestros esfuerzos y nuestros preparativos y el entusiasmo de celebrar una verdadera Nochebuena habían sido en vano. Nos habíamos arreglado con tanto esmero como para recibir invitados. Invitados que no llegaban. Nos encontrábamos entre nosotras, con rostros que no eran los nuestros. Un momento de tristeza que algunas risas, un tanto forzadas, sacudieron.

Las mesas del comedor, unidas, formaban una gran herradura. Las sábanas, lavadas para la ocasión, hacían las veces de manteles, y, bajo los manteles, habíamos puesto heno (otro rito). Guirnaldas de papel colgaban del techo. En medio de la sala, el árbol titilaba, cubierto de guata, adornado con bolas de plata hechas con envoltorios de chocolate, serpentinas, velas. El almacén del laboratorio había sido saqueado. Al pie del árbol, unos paquetes coquetamente envueltos: los regalos.

Los taburetes estaban alineados a lo largo de las mesas, pero no debíamos sentarnos antes de haber compartido las hostias, unas obleas de masa con lacre azul, rosa, malva, blanco, verde claro que las polacas se ofrecían mutuamente. Cada una partía un pedazo de la hostia de la otra, se lo comía, y las dos se besaban expresando deseos que les llenaban los ojos de lágrimas, de los que nosotras solo oíamos: «do domu» —en casa—, las palabras que siempre se repetían. La Navidad que viene, en casa. En casa...

Las francesas no tenían hostias. Ellas cogían las que les ofrecían, por cortesía, y se esforzaban por repetir las palabras mágicas: «Do domu», «Do domu» —en casa—. Las polacas

explicaban: «Compartir la hostia es un símbolo. Significa que compartiremos también el pan». Las francesas acogían la explicación con indulgencia. No era el momento de recordar lo que nos mortificaba, el egoísmo de unas o de otras.

Las cocineras se colaban entre los grupos y llenaban los platos, la cristalería del laboratorio. Por nada del mundo habríamos tomado la comida de Navidad en las escudillas. Al final habían tenido que renunciar al borsch, y estaban muy apenadas.

Nos dábamos besos. No terminábamos nunca de besarnos e intercambiar hostias y buenos deseos. Cada una tenía noventa y cuatro abrazos que dar y recibir. Nosotras —las francesas— nos sentíamos un poco incómodas, porque las polacas besaban en la boca, según la costumbre eslava.

Por fin tomamos asiento. Los guisantes con coles estaban fríos, pero había en cantidad. Servimos las patatas con la salsa de cebollas, y luego los fideos, que en Polonia se aderezaban con miel y nueces, me contaba mi vecina. Lo fundamental eran las semillas de amapola. Gracias a Dios, eso no había faltado. Los fideos estaban apelmazados. Pocas pudieron terminarlos. Cierto es que habíamos perdido la costumbre de comer hasta saciarnos.

La sorpresa de Wanda llegó con el postre. Era cerveza, un tonel entero que había «organizado» (robado) de la cocina de los SS. Wanda era imbatible organizando. Era una cerveza oscura y dulce.

Mi vecina me ofreció un cigarrillo, tendiéndome la pitillera. Tenía pitillera... Una presión de la uña sobre el cierre, un gesto recuperado

que me pareció el colmo del refinamiento. Los cigarrillos los habían enviado los hombres, que recibían tabaco.

La comida estaba terminando. La luz se apagó. Ya solo distinguíamos las brasas de la punta de los cigarros. Entonces, una por una, las velas se encendieron. El árbol se liberó de la sombra con un halo fantasmal. Y el coro de las polacas se elevó.

Entonaron, a varias voces, un cántico con una melodía nostálgica cuyas letras no comprendíamos. La música, en la oscuridad en la que parpadeaban las velas, nos resultaba extraña y embriagadora. Ellas cantaban. Nosotras nos deslizábamos en un sueño. Soñar, una Nochebuena, allí. En nuestro sueño, nuestros recuerdos y esperanzas se volvían remotos y frágiles. ¿Y nuestras compañeras que no tenían la suerte de estar con nosotras en aquel comando privilegiado? ¿Cómo se pasaba la Navidad en el campo de la muerte? En el campo de la muerte, desde mediados de diciembre, había, plantado en medio de la plaza, un gran abeto cubierto de nieve de verdad. En la punta del abeto, una estrella roja alumbrada por una bombilla eléctrica. El abeto se alzaba junto a la horca.

El coro calló. Volvía a encenderse la luz. Cada una se reajustaba a la alegría que exigía la fiesta. Felicitamos a las cantoras. En verdad, cantaban muy bien. Y comenzó el reparto. Deshacíamos mucho papel para descubrir un jabón, una muñeca de trapo, un lazo de encaje hecho con aguja, un cinturón de cordel trenzado, un cuaderno con las tapas coloreadas.

En un extremo de la mesa, una muchacha acariciaba un osito que acababa de recibir. Un oso de peluche rosa con una cinta en el cuello.

«¡Mira, mira!», me dijo Madeleine. «¡Un osito! Un osito de niño.» Y su voz se alteró.

Yo miré el oso de peluche. Era espantoso.

Una mañana que pasábamos cerca de la estación para ir a los campos, nuestra columna se había detenido debido a la llegada de un convoy de judíos. La gente bajaba de los vagones igual que ganado, se colocaba en el andén según las órdenes que chillaban los SS. Las mujeres y los niños en primer lugar. En la primera fila, dando la mano a su madre, una niña pequeña. Llevaba su muñeco, que apretaba contra ella.

Así es como un muñeco, como un oso de peluche llegaba a Auschwitz. En los brazos de una niña pequeña que dejaría su juguete junto con su ropa bien doblada a la entrada de la ducha. Un prisionero del comando del cielo, como llamábamos a los que trabajaban en los crematorios, lo encontraría entre la ropa amontonada en la antecámara de la ducha y lo cambiaría por unas cebollas.

Al principio queríamos cantar

Una mañana de enero de 1943, llegábamos.

Los vagones se habían abierto al borde de una llanura helada. Era un lugar previo a la geografía. ¿Dónde estábamos? Aún debíamos averiguar —más tarde, dos meses más tarde al menos; nosotras, las que dos meses más tarde aún seguíamos con vida— que el lugar se llamaba Auschwitz. No habríamos sabido darle un nombre.

Al principio queríamos cantar. No es posible imaginar lo desgarradoras que eran aquellas voces que se quebraban, veladas por las ciénagas y la debilidad, repitiendo palabras que ya no suscitaban imagen alguna. Los fallecidos no cantan.

... Pero nada más resucitar, hacen teatro.

Fue lo que le ocurrió a un grupito que había sobrevivido a seis meses en el campo de la muerte y había sido enviado a cierta distancia de allí, en aquel comando privilegiado. Había jergones para dormir, agua para asearse. El trabajo era menos duro, a veces bajo techo, a veces sentadas. Nosotras, que al salir de la muerte apenas nos teníamos en pie —atravesar un pequeño prado cargando con una cesta vacía requería un esfuerzo y una voluntad extraordinarios—, al cabo de un tiempo, recobrábamos la apariencia humana. Al cabo de un tiempo, pensábamos en el teatro. Una de nosotras contaba obras a las demás, que se reunían alrededor de ella, layando o escardando. Preguntábamos: «¿Qué vamos a ver hoy?». Cada relato era repetido muchas veces.

Todas querían oírlo, y el público no podía pasar de las cinco o seis personas. Sin embargo, el repertorio se agotaba. Pronto, soñábamos con «montar una obra». Nada menos. Sin texto, sin manera de conseguir uno, sin nada. Y, sobre todo, con tan poco tiempo libre.

Al volver, cuando he conocido hombres que fueron prisioneros de guerra, he ponderado lo incomunicable al escucharlos, y cuánto pesa. Ellos tienen cosas que contar. Nosotras tendríamos cosas que decir. Ellos cuentan el vacío de su espera. Nosotras no podemos expresar lo que fue la angustia de la nuestra. Para quienes estaban en Auschwitz, la espera era una carrera por delante de la muerte. De modo que no esperábamos. Nos aferrábamos a una esperanza forjada a partir de piezas frágiles que no hubieran superado un análisis, en caso de que hubiéramos conservado la sensatez. Perder la sensatez y perseverar en la locura de esperar fue lo que salvó a algunos. Son tan pocos que no demuestra nada.

Cuando escucho a los prisioneros de guerra, si bien los compadezco por haber sido víctimas de unos acontecimientos que se les escapaban, con la sensación de haber sido, yo, víctima de mi elección, cuando cuentan cómo colmaron la nada de tantos años, los envidio. Recibían libros, hacían teatro, montaban espectáculos. Tenían clavos, pegamento. Pudieron vivir en el plano de lo imaginario. Algunas veces, algunas horas, pero que contaban.

Diréis que al ser humano puede arrebatársele todo salvo la facultad de pensar e imaginar. No sabéis nada. Se puede convertir a un ser humano en un esqueleto que gorgotea diarrea, quitarle el tiempo para pensar, la

fuerza para pensar. Lo imaginario es el primer lujo del cuerpo que recibe suficiente alimento, goza de una franja de tiempo libre, dispone de rudimentos para fabricar sus sueños. En Auschwitz, no se soñaba, se deliraba.

No obstante, objetaréis, ¿acaso no contaba cada cual con su bagaje de recuerdos? No. El pasado no suponía socorro alguno, recurso alguno. Se había vuelto irreal, increíble. Todo lo que había sido nuestra existencia de antes se desvanecía. Hablar era la única evasión, nuestro delirio. ¿De qué hablábamos? De cosas materiales y comestibles, o realizables. Había que apartar todo lo que suscitaba dolor o añoranza. No hablábamos de amor.

Y hete aquí que en aquel pequeño campo volvíamos a la vida, y todo volvía a nosotras. Todos los deseos, todas las exigencias. Habríamos querido leer, escuchar música, ir al teatro. Íbamos a montar una obra. ¿Acaso no librábamos los domingos y una hora por las tardes?

Claudette, que trabajaba en el laboratorio, donde disponía de mesa, lápiz y papel, se propuso reescribir *El enfermo imaginario* de memoria. Una vez terminado el primer acto, comenzaron los ensayos.

Escribo esto como si hubiera sido tan sencillo. Por mucho que una tenga una obra en su cabeza, ver y oír a sus personajes es tarea difícil para quien se recupera del tifus y se ve constantemente dominada por el hambre. Las que podían, echaban una mano. Una réplica constituía a menudo la victoria de toda una jornada. Y los ensayos... se celebraban después del trabajo, después de la cena —pues llamábamos cena a doscientos gramos de pan duro y siete gramos de margarina—, en el momento

en que más se acusa el cansancio, en un barracón congelado y oscuro. Emplear la persuasión y las amenazas, apelar al espíritu de camaradería, ejercer el halago y la injuria era el pan de cada día de las organizadoras. También intervenía la emulación, así como el amor propio. Se trataba de demostrar a las polacas con las que estábamos, y que cantaban tan bien, de lo que éramos capaces.

Ensayábamos cada noche, moviendo los pies y moviendo los brazos (estábamos en diciembre). En la oscuridad, una entonación precisa adquiría una extraña resonancia.

El día fijado para el espectáculo —el domingo después de Navidad— se acercaba. Pero era imposible instalar nada de antemano debido a la vigilante, una SS que andaba muy ocupada con sus amores, lo que al menos nos dejaba un poco de margen. Eva, la dibujante, hizo un cartel que colgamos del interior de la puerta del barracón el sábado, después de la última ronda de las SS. ¿Por qué un cartel, cuando todo el mundo estaba ya al corriente? Porque por fin nos movíamos en el ámbito de la ilusión. Un cartel de colores donde se leía: «*El enfermo imaginario*, de Molière, dirigido por Claudette. Vestuario: Cécile. Puesta en escena: Charlotte. Arreglos escénicos y atrezo: Carmen». A continuación, el elenco, con Lulu en el papel de Argán. Pero nuestra obra constaba de cuatro actos. No habíamos conseguido recordar los cortes de Molière. Sin embargo, que yo recuerde, la obra estaba completa.

Desde por la mañana, desatendiendo por primera vez la sopa, las faenas y el pan, estuvimos trajinando. Lo que Cécile logró hacer con los jerséis transformados en jubones y

casacas, los camisones y los pijamas transformados en calzones para los hombres (únicos elementos indumentarios que no procedían de los uniformes. Cómo los conseguimos sería demasiado largo de contar) resulta casi inimaginable. Las rayas se habían revelado inmetamorfoseables. Por suerte, para seleccionar las semillas de nuestras plantas (¿he contado ya que nos encontrábamos en una sala de ensayos donde se estudiaba un diente de león productor de látex que los alemanes habían descubierto en Rusia y pretendían aclimatar?) utilizábamos una especie de jaulas de tul. Y el tul se transforma en chorreras, puños, bombines, lazos, bufandas. Una bata de guatiné azul —pieza de valor incalculable de nuestro vestuario— se convierte en un suntuoso vestido con vuelo para Belisa. Unos polvos amarillos verdosos cuya composición ignoro, tal vez un insecticida, sirve para el maquillaje de los médicos, maravillosamente bilioso. En el dormitorio alguien grita: «¡Las que tengan limpio el mandil negro (el mandil negro formaba parte del uniforme), que lo presten! ¡Ahora mismo, por favor, la figurinista está esperando!». Con seis mandiles, Cécile drapea a un médico al que coloca en la cabeza un cono de cartón ennegrecido con tinta, alrededor del cual ha fijado unos copos de madera a modo de mechones lacios. Claudette, la autora, está satisfecha con el resultado, pero no se consuela de que los hombres no tengan ni peluca ni sombrero, de que Belisa no tenga abanico. «¡Bajo el reinado de Luis XIV, nada menos!» Por desgracia, nuestro pelo, rapado a nuestra llegada, solo mide aún unos pocos centímetros. En

cambio, hay báculos. Son bastones adornados con tul.

Las mesas del comedor, con las patas quitadas (de lo contrario, el escenario habría estado demasiado alto en un barracón con los techos muy bajos), yuxtapuestas, conforman una tarima. Las mantas, hábilmente manipuladas por Carmen —que tiene martillo, clavos y cordel, objetos que había codiciado durante mucho tiempo hasta que consiguió robarlos al SS jardinero—, las mantas forman una cortina que no es el menor de nuestros logros. Otras mantas, clavadas a las ventanas, oscurecen la sala. Solo está iluminado el escenario en el que Carmen, electricista además de tramoyista, ha instalado una lámpara portátil a guisa de foco. «¿De dónde ha robado Carmen todo esto?» «Ya os contaré...» Por el momento, se limita a clavetear y fijar. También tenemos nuestras bambalinas: mantas y cordeles. Y una apuntadora, con el texto en ristre, por favor.

Damos los tres golpes. Se levanta el telón (no, en realidad se aparta). Las polacas componen nuestro público. La mayoría entiende el francés.

Se levanta el telón. Argán, en una butaca hecha de cajas ocultas por mantas, él mismo envuelto en mantas, agita su campanilla: una lata de conserva que aloja un pedazo de cristal, creo. «No», había dicho Carmen, «piedras no quiero. Una piedra suena demasiado mal.»

Se levanta el telón. Es magnífico. Es magnífico porque Lulu es una actriz nata. Y no solo por su acento marsellés que recuerda a Raimu, sino por su cara, conmovedora en su sincera ingenuidad. Esa naturaleza de la humanidad, esa generosidad.

Es magnífico porque un puñado de réplicas de Molière, surgidas intactas de nuestra memoria, reviven inalteradas, cargadas de su poder mágico e inexplicable.

Es magnífico porque cada una, con humildad, interpreta la obra sin soñar con destacar en su papel. Milagro de los actores sin vanidad. Milagro del público que recupera de repente la infancia y la pureza, que resucita para lo imaginario.

Fue magnífico porque, durante dos horas, sin que las chimeneas dejaran de humear su humo de carne humana, durante dos horas, creímos en ello.

Creímos en ello más que en nuestra única creencia de entonces, la libertad, para la que todavía tendríamos que luchar quinientos días.

El viaje

Estábamos en un tren. Un tren de verdad. Con sus asientos, sus ventanillas que bajan y suben, a placer, un disco que puede girarse a derecha o izquierda —inútil, por lo demás; el tren no disponía de calefacción—, un paisaje que se despliega a cada lado. Estábamos las ocho.

Por primera vez en años, teníamos la sensación de que viajábamos. De que hacíamos un viaje. Sensación tan turbadora que se nos olvidaba que viajábamos sin billete, que el revisor no pasaba por nuestro compartimento, aislado en el extremo del vagón.

Aun así, era un viaje de verdad. Tan de verdad que también olvidábamos a los SS que nos acompañaban y que dormitaban detrás de la separación. Un viaje de verdad. ¿Acaso no teníamos equipaje en las redecillas, maletas que podíamos coger, abrir para rebuscar y sacar algún objeto familiar, peine o barra de labios vieja, que había sido nuestro en otro tiempo y que de nuevo formaba parte de nosotras como si nunca nos hubiera abandonado? Sentadas en los bancos de madera, nos sentíamos bien. Un bonito viaje, en verdad.

Y la sensación no obstante falsa de libertad recobrada abolía todo lo que había sido la privación de libertad. Recuperábamos los gestos de la libertad, los gestos que son la libertad misma. Mirarse en un espejo de bolsillo, ir al baño y cerrar la puerta con un pestillo que indica «Ocupado». Lo curioso era que aquello no nos resultara en absoluto extraordinario.

Todo era normal. Nos recuperábamos a nosotras mismas, como si hubiera bastado con una prenda de ropa descolgada de la entrada y enfundada después de mucho tiempo para devolverle a cada una su personalidad, su yo de antes. Más curioso aún porque no nos habíamos enfundado otras prendas de ropa. Llevábamos el vestido y la chaqueta de rayas, el pañuelo anudado bajo la barbilla, los zapatos demasiado grandes atados con cordeles. Increíbles, los zapatos que nos habían dado al partir. Tan grandes que resultaba evidente que lo habían hecho adrede. Entorpecían la marcha o la huida con la garantía de unas cadenas. El uniforme completaba las trabas.

Estábamos en aquel tren que avanzaba, que seguiría avanzando hasta el día siguiente, y el viaje se nos antojaba tan maravilloso que deseábamos que durase mucho tiempo, eternamente. Soñábamos con un viaje que no tuviera fin. Al término de aquel viaje —y ¿cuál era el término? Lo ignorábamos—, no esperábamos nada bueno. Pero nos sentíamos bien y experimentábamos ese bien sin pensar en lo que vendría a continuación. A ratos nos extrañaba el hecho de no estar más sorprendidas. No nos preguntábamos por qué, porque habíamos perdido años atrás la costumbre de preguntarnos por qué y asumíamos todo lo que ocurría sin hacer preguntas. Lo que no quita para que aquel viaje fuese sorprendente.

Casi no se había hecho de día aún, estábamos en el laboratorio desde hacía ya un rato, cuando llegó un SS y se corrió el rumor por todos los equipos: vienen a buscar a las francesas. Nuestra primera reacción había sido de inquietud. Flora, nuestra SS, nos acompañaría

a Birkenau. Ya solo oír el nombre de Birkenau daba tiritera. Nos tranquilizamos porque nos esperaba una carreta. Jamás habríamos subido a un camión. Antes nos hubiéramos dejado matar. Los que salían rumbo a las cámaras de gas salían en camiones. El SS —el que tenía cara de pocos amigos, el que nos inspiraba un terror sin límites cuando estábamos en Birkenau, meses antes—, el SS se sacó una hoja del bolsillo, leyó los nombres, diez nombres, y las diez convocadas se colocaron en fila. Luego nos dio tiempo para preparar nuestros paquetes, y Wanda dijo: «No os llevéis nada. Dejádselo todo a las compañeras, porque allí os lo quitarán». Dejamos el camisón obtenido después de tantos ardides y cálculos, las bragas y las medias de repuesto, las gomas. Conservamos un bolsito de tela que contenía nuestro cepillo de dientes, nuestro jabón y nuestra navaja. Las polacas, más duchas que nosotras y más acostumbradas a los traslados, aseguraban que no confiscaban la comida, de modo que el comando abandonó el trabajo inmediatamente y todas se juntaron en el comedor, revolviendo en sus casilleros, en sus cajas de provisiones, para sacar primero pan —sobre todo el pan, la experiencia ha enseñado a las prisioneras que lo fundamental es el pan—, azúcar, cebollas, y también cigarrillos, confiando en nosotras para los cigarrillos. Podían estar tranquilas. Habíamos adquirido bastante habilidad en pasar los cigarrillos a través de cualquier registro.

Cada una de nosotras tendría que llevar varios panes, hogazas enteras, de un kilo. Nunca habíamos sido tan ricas.

Nos afanábamos en empaquetar con cordeles todo aquello cuando Flora apareció en el umbral del comedor y dijo: «Schnell». Entonces, todas, de pie, cantamos «La marsellesa». Como si no hubiera otra cosa para cantar. Las polacas se la sabían en francés, y mejor que nosotras, sin omitir ni una sola estrofa. Luego, «Ce n'est qu'un au revoir», que me resultaba doloroso, insoportable, porque era lo que cantábamos a los hombres, en los presidios, cuando se los llevaban de buena mañana. Nos daba pena separarnos de las compañeras, en un día en que la nieve creaba una claridad sobrenatural. «¿Estáis ya? ¡En marcha!», había gritado Flora. Cogimos los hatillos y salimos.

El SS de Birkenau pronunció de nuevo los diez nombres, contó a las diez mujeres, y nos encaramamos al carro. Detrás de nosotras, las demás habían corrido hasta el límite del pequeño campo, agitando manos y pañuelos. La carreta había emprendido el camino de tierra trazado entre los nabares, y nosotras, mirando hacia atrás, decíamos adiós a las compañeras que nos veían partir. Nos siguieron con la mirada hasta que dejaron de vernos.

Cuando desaparecieron detrás de un pliegue del suelo, nos giramos hacia delante y nos pusimos a cantar. No porque estuviéramos contentas, sino porque hay momentos en que lo único que una puede hacer es cantar. Carmen, que era la que más canciones se sabía, encadenaba una tras otra. Y nosotras cantábamos desgañitándonos, agarradas a las barandillas de aquella carreta que atravesaba los campos cubiertos de nieve, con Flora envuelta en su manta y el SS con cara de pocos amigos guiando.

En el paso a nivel tuvimos que esperar. Carmen se arrancó: «Siempre hay / un paso a nivel / que bloquea el camino / qué fastidio», y nosotras cantamos con ella como si estuviésemos contentas. Pero en cuanto aparecieron las alambradas electrificadas, los tejados de los bloques casi enterrados bajo la nieve, fuimos incapaces de seguir. Y el tiro, cargado de nuestros silencios, se detuvo en el campo de la muerte, delante del barracón de la cuarentena.

Bajamos, mientras Flora y el SS sellaban su hoja en la garita, y entramos en el barracón. Olía a madera. Distinguimos voces francesas, procedentes de una sala contigua. Las supervivientes de nuestro convoy estaban en cuarentena en aquel barracón. Y poco después, so pretexto de ir al baño, algunas se nos acercaron y preguntaron: «¿Adónde vais? ¿Por qué os han convocado?». Nosotras no lo sabíamos. Nosotras no sabíamos nada. Pero entonces una de ellas, que acababa de sorprender a unos SS intercambiando unas palabras, vino corriendo: «Os mandan a Ravensbrück. Os van a desvestir, a registrar y a vestiros otra vez. Si traéis cosas, dádnoslas. Os las devolveremos pasándolas por debajo de la puerta, después del registro». Nosotras les confiamos los cigarrillos, las navajas y nuestras cartas de casa.

Una SS vuelve con la jefa de bloque, una alemana histérica que no deja de chillar, y una kapo que carga a manos llenas una pila de vestidos de rayas. Nos desvestimos. Estamos desnudas. El médico SS llega con un SS siniestro que conocemos, Taube, y una doctora judía, prisionera, que trae termómetros. Distribuye los termómetros y nosotras permanecemos allí, desnudas, bajo la mirada de los SS, que nos

examinan. El médico SS nos obliga a sacar la lengua. Taube, que no es médico, nos examina también, nos obliga a girar —imaginadnos, desnudas, con el termómetro en el trasero, y dando vueltas como peonzas—, nos palpa. La doctora reclama los termómetros, anota las temperaturas. Lucie y Geneviève tienen treinta y ocho y pico. No partirán. Ellas lloran. Intentamos intervenir para que la doctora corrija sus cifras. Ella grita y grita, le suplicamos que no atraiga la atención de los SS, y ella grita con más ganas.

Nuestras compañeras, a través de los agujeros que han hecho en los nudos del tabique de madera, nos miran.

Nos traen unos papeles para que firmemos, declarando que no hemos sido maltratadas, que no hemos padecido enfermedades (que no hemos tenido el tifus exantemático, obviamente), que nos han devuelto nuestras joyas y demás efectos personales. ¡Una firma! En las condiciones en que estamos... Firmamos y nos hacen pasar a un dormitorio para que volvamos a vestirnos.

Los vestidos están tan sucios, tan manchados de sangre, de diarrea, de pus, que experimentamos la misma náusea que a la llegada, el año anterior, cuando recibimos unos uniformes repugnantes y minados de piojos, que conservamos hasta que nos destinaron al comando del laboratorio, seis meses más tarde. Protestamos. La alemana histérica chilla en el tono más agudo que permite su voz. Cuando vuelve la SS, le señalamos la suciedad de los trapos. Ella llama a Taube, que grita y manda a la kapo a buscar otros vestidos. Entretanto,

todas desnudas... Los otros vestidos están prácticamente igual de sucios. En fin.

La SS juzga también que vamos demasiado frescas y manda traer unas chaquetas de rayas que no estaban previstas. Con una temperatura de veinte bajo cero. Estamos listas, tras calzarnos las botas de siete leguas.

Nos llevan al barracón de enfrente —de paso, nuestras compañeras nos devuelven nuestros cigarrillos, nuestras navajas, nuestras cartas, que nos guardamos en las mangas con rapidez— y, nada más cruzar la puerta, nos embarga el frío. Las prendas de lana que nos habíamos procurado a duras penas, a cambio de cebollas robadas del jardín y de raciones, nos han sido arrebatadas.

En el barracón de enfrente se almacena la ropa de las recién llegadas. Para nuestra sorpresa, en aquella montaña —hoy vamos ya por el número 75.000 en Birkenau— encontramos pertenencias que se parecen mucho a las nuestras. Faltan muchas cosas, claro, pero vamos de sorpresa en sorpresa. A una le devuelven su alianza, a otra, su reloj de pulsera. A una, cuyos zapatos no encuentran, le preguntan qué número calza para darle otros, que están nuevos y que ella no tendrá derecho a calzar, pues no forman parte del uniforme.

Miramos nuestras maletas, recordamos nuestra llegada, y nos sumimos en un segundo estado de ánimo en el que todo es natural y está transfigurado. El año anterior, a la llegada —también era enero, y el campo desaparecía también bajo la nieve—, éramos doscientas treinta. Quedamos unas cincuenta, y a las ocho que abandonamos el campo nos de-

vuelven nuestras cosas, nos hacen firmar un descargo.

Afuera, Taube se impacienta. Conversa con otro SS y creemos entender que hemos perdido el tren, y también que tenemos que darnos prisa. Aquí llega el comandante, en su pequeño automóvil verde grisáceo. Él también se impacienta. Acuclillada en la escalera de la entrada —¡qué frío hace! No somos capaces de sostener las maletas, tenemos las manos entumecidas—, Carmen se debate con sus cordones, que no logra enhebrar, y los zapatos son tan grandes que si no se ata los cordeles no podrá dar ni un paso, seguro.

Y es entonces cuando asistimos a la escena más extraordinaria de todas. Taube —Taube, al que hemos visto enviar a miles de mujeres a la cámara de gas, al que hemos visto arrojar a su perro sobre muchas de nosotras para que las devore, al que hemos visto sacar su revólver y disparar a las judías del bloque 15 porque no entraban con suficiente rapidez (como si un millar de mujeres pudieran entrar rápido por una puerta de un solo batiente) en una mañana parecida a esta; Taube, que nos metía el miedo en el cuerpo nada más divisar su alta silueta, Taube, el SS más cruel, si es que existían gradaciones de crueldad entre los SS —, Taube se arrodilla delante de Carmen y, con su navaja, corta los extremos de los cordones para que pasen por los ojetes. Una vez llevada a cabo la operación, se levanta y dice con delicadeza: «Gut». Nos habría sorprendido menos que nos hubiera conducido al bloque 25, la antecámara del crematorio.

El comandante se impacienta cada vez más. Cuatro SS, que no hemos visto llegar, esperan

a un lado. No llevan perros. El comandante y Taube discuten, y se deciden. Taube se apodera de nuestras maletas y se las da al comandante, que las apila en la trasera del coche. Guarda todo lo que cabe; el resto todavía nos pesa horrores; los dos suben al coche, lanzan una orden a los SS y el coche arranca. Partimos en dirección a la estación.

Nuestras compañeras, en las ventanas del bloque de cuarentena, nos dicen adiós.

Nos costaba una barbaridad caminar con aquellos zapatones, con aquellos bultos. Caminábamos por la carretera helada que habíamos tomado por primera vez un año antes, que no había perdido su aspecto de carretera sin esperanza, y todas experimentábamos una sensación extraña. Conque nos íbamos de Auschwitz. Nos íbamos vestidas de prisioneras, detalle en el que nunca habíamos pensado. Todo era un reto, todo era increíble e increíblemente raro. La sensación del sueño y la certeza de que era verdad, con el sueño que persistía.

Atajamos por las vías de los trenes de carga, entre los vagones parados, para llegar hasta un hangar donde pudimos cobijarnos. Teníamos cada vez más frío. Nuestros petates, cargados de pan, nos partían las muñecas.

El coche verde grisáceo está aquí. El comandante y Taube se orientan. Llaman a nuestros SS, a los que seguimos con unos andares que los zapatones y los paquetes vuelven ridículos. Hombres con uniforme de rayas aguardan también. Miserables, como son siempre los hombres aquí. «¿Cómo se tienen en pie?», se pregunta una al verlos.

En la curva de los raíles, el tren asoma, reduce la velocidad, se detiene junto al andén,

desplazando despacio un vagón tras otro, con una sacudida. Intentamos adivinar qué clase de vagón se detendrá delante de nosotras —es un tren mixto, de viajeros y mercancías—, y nos tememos, sin atrevernos a esperar algo mejor, que viajaremos en un vagón para el ganado, como el año anterior para venir. ¡Qué frío pasamos!

Pero el milagro no se acaba. El comandante se dirige a un compartimento de tercera clase, nos manda entrar, les alarga nuestras maletas y paquetes a nuestros SS. Una vez subidos los bultos, monta él también, los coloca en las redecillas, nos asigna con amabilidad nuestros asientos, les recuerda a los SS que deben velar por que no bajemos en las estaciones. Salta al andén, cierra la portezuela, y si hubiera añadido un «¡Buen viaje!» no habría incrementado nuestro estupor.

Estábamos en el tren que avanzaba a través de Silesia. Nos alegrábamos de que fuera de día, nos alegrábamos de ver algo de Katowice, una ciudad de ladrillos sucios y avenidas tristes. Una señora que empujaba un carrito de bebé y miraba el tren. No había automóviles. Nieve en los alféizares de las ventanas.

En una vía, a nuestro lado, avanzaba un convoy de carros y camiones que se cruzó con nuestro tren, de camino al este. Nuestros SS se levantaron y explicaron: «Panzer. Russland».

Yo me moría por acercarme a ellos, por entablar conversación, por saber, por poco que fuera, qué era un SS. ¿Cómo, por qué se hace uno SS? Las demás están de acuerdo. Me acerco. Son eslovenos. Dicen que han sido reclutados en las SS por la fuerza, que ignoraban

qué era Auschwitz, todas esas chimeneas... Que si no... Nos ofrecen cigarrillos, fuego. En las paradas, bajan a la cafetería de la estación y nos traen ersatz de café que las enfermeras de la Cruz Roja reparten entre los soldados. Las estaciones están plagadas de soldados. Nunca habíamos visto una mirada de piedad, una mirada humana, en un SS. ¿Se desprenden del asesino al salir de Auschwitz?

Cae la noche. El paisaje se emborrona tras los cristales. Paisaje de fábricas, de altos hornos (¿o de más crematorios?), de construcciones negras, de campo negro, cercado por alambradas. O bien toda Alemania está sembrada de campos, o bien todos los campos se encuentran al pie de esta ruta. Paisaje desesperado.

Y en el compartimento estamos a gusto. Hemos sacado de las maletas jerséis y calcetines, pañuelos. Simone mira un libro que era de su hermana. No se atreve a abrirlo. Sin embargo, se alegra de que le quede un libro de su hermana, muerta el verano anterior. Gilberte no dice nada, no mira nada. No encontrará nada de su hermana. Y Lulu toma de la mano a Carmen, conmocionada por la suerte de ambas. Son las únicas hermanas que quedan.

La noche cae del todo. El tren no se ilumina. A oscuras, buscamos nuestras navajas y cortamos nuestro pan para prepararnos unas rebanadas con margarina. Después, encendemos unos cigarrillos, uno cada una. Estamos a gusto. Es de noche. Apoyadas las unas contra las otras, nos quedamos dormidas con el chirrido del tren.

Por la mañana, las afueras de Berlín.

«El teniente William L. Calley, que asesinó a ciento nueve vietnamitas y está pendiente de juicio, había recogido a una niña vietnamita. Una niña perdida, hambrienta, vestida con harapos. Ver niños desnudos y hambrientos vagando por las calles le partía el corazón al teniente William L. Calley. Había adoptado a la niña, la había alimentado, vestido y cuidado. Un día, al regreso de una operación, la chiquilla ya no estaba. Había escapado. El teniente William L. Calley sufrió mucho.» Es lo que afirma la hermana del teniente en el *New York Post* del 28 de noviembre de 1969.

Berlín

El tren paraba ahora en todas las estaciones. A pesar del frío, en cuanto nos deteníamos junto al andén, bajábamos las ventanillas para ver mejor —los cristales estaban cubiertos de escarcha—, para oír. Los andenes bullían de una multitud imprecisa compuesta por obreros de camino al trabajo. Una bufanda enrollada en el cuello, un macuto al hombro, se movían con prisas, sin prestar atención a nada. Su respiración añadía a la bruma una nubecilla de vaho blanco, que revoloteaba por encima de ellos. Sus sombras se deslizaban unas contra otras, se confundían silenciosamente. Apenas clareaba el día. De pronto, oímos un vocerío en francés: «¡Por aquí, amigo!». Nosotras exclamamos: «¡Eh! ¡Eh, aquí! ¡Eh, franceses! ¿Sois franceses? ¡Nosotras somos francesas!». Un hombre se dio la vuelta, nos lanzó una mirada desagradable, respondió: «¡Mierda!» y reanudó su camino para subir al tren, en la vía de enfrente.

—Para ser el primer francés que nos encontramos... ¡Vaya recibimiento! —comentó Lulu.

Nuestra decepción era mayúscula. ¿Cómo era posible? Unas mujeres con uniforme de rayas interpelan a un hombre libre, y él ni siquiera pregunta quiénes son, de dónde vienen. Veníamos de Auschwitz. Todo el mundo tendría que haberlo sabido. Estábamos descubriendo el abismo entre el mundo y nosotras, y nos entristecíamos.

En una estación posterior, había un poco más de luz. Veíamos mejor a los viajeros en

el andén. Por su aspecto, por su atuendo, en todo caso por sus boinas vascas, reconocíamos compatriotas. Pero esta vez nos cuidamos de llamarlos.

—Alemania tiene que estar llena de obreros franceses del Servicio de Trabajo Obligatorio —dijo una.

Nuestro tren entraba en Berlín. A lo largo de las vías, inmuebles destruidos por los bombardeos albergaban aún a sus habitantes. Se veía aquí y allá el tubo de una estufa saliendo del tragaluz de un sótano, de un refugio construido sobre un pedazo de muro en pie. La ciudad ofrecía una imagen espeluznante.

—Parece que esté completamente destruida...

—Les está bien empleado.

Experimentábamos la misma satisfacción que cuando, en Auschwitz, veíamos trenes sanitarios interminables con los techos pintados de blanco y enormes cruces rojas, que volvían del este, cargados de heridos. Las enfermeras iban y venían por los pasillos. Aquellos trenes avanzaban despacio, algunas veces se detenían por completo, largo rato, y nos daba tiempo a ver a los heridos en sus literas. «Les está bien empleado.» Algunos, con la cabeza vendada, se levantaban y nos miraban. ¿Qué decían ellos al vernos?

El tren se detenía bajo el vestíbulo de una estación. Nuestros SS se ajustaban el cinturón, juntaban sus cosas, se echaban el fusil al hombro y nos daban orden de prepararnos para bajar. De los vagones de cola se apeaban hombres con uniformes de rayas, probablemente los que habíamos visto en el andén de Auschwitz. Eran muchos, alrededor de sesenta. Ellos

también cambiaban de campo. Presentaban esa delgadez que tan bien conocíamos, a la que nunca habíamos logrado acostumbrarnos, y se colocaban en filas, como autómatas. A su lado nos sentíamos fuertes y ágiles. Los escudriñábamos. Podía haber entre ellos algún conocido, ¿quién sabe? Pero se asemejaban tanto debido a los ojos hundidos y febriles, a los labios hinchados, que todos resultaban igual de irreconocibles.

Nuestros SS ignoraban a los compañeros que escoltaban a los hombres. Solo tenían ojos para nosotras ocho. Sin contarnos ni obligarnos a ir de dos en dos, nos dirigieron hacia un paso subterráneo. Debían de ser campesinos. No estaban familiarizados con el metro. Tras intentar leer el itinerario en el plano, comparándolo con un papel que uno de ellos llevaba en la mano, decidieron que uno fuera a pedir información. Apiñadas junto al plano, mirábamos con curiosidad todo a nuestro alrededor, civiles que llevaban una vida ordinaria y cogían el metro. Una inscripción subrayada con una flecha indicaba los aseos. Pedimos permiso a nuestros SS para ir. Ellos accedieron. Nos esperarían en lo alto de la escalera, y se encendieron un cigarrillo. Las bastas suelas de madera, con las que había que pisar de través porque sobrepasaban los peldaños, y el estorbo de las maletas volvían peligrosa la escalera. La bajamos con la lentitud de un grupo de inválidas.

Los aseos nos parecieron muy cómodos: una fila de lavabos, una serie de puertas alineadas. La señora que se encargaba de los aseos, una anciana, nos vio entrar en su palacio de mosaicos con olor a desinfectante, sin

sorpresa aparente. Debía de verse de todo en aquella época, en Berlín, y la anciana tenía un semblante consumido al que nada debía ya de sorprender. «¡Pobres chiquillas!», exclamó, no obstante, con una voz igualmente consumida, y nos desbloqueó las puertas de los baños de pago.

Abrimos las maletas para buscar con qué asearnos un poco. Pero no teníamos ni toalla, ni guante, ni cepillo, ni nada útil para tal fin. Todo nos lo habían robado. Una de nosotras dijo, hurgando entre su ropa:

—Podríamos cambiarnos y fugarnos.

—¿Y adónde íbamos a ir? No conocemos Berlín y casi ni somos capaces de chapurrear en alemán.

—Berlín tiene que estar lleno de franceses.

—Sí, ya has visto a los franceses, hace un momento. Si crees que nos echarían una mano...

La ocasión era demasiado inesperada para que nos planteásemos aprovecharla. Habíamos planeado demasiado, calculado demasiado cada uno de nuestros gestos, durante demasiado tiempo, como para lanzarnos sin preparativos a una aventura tan arriesgada.

Después de lavarnos la cara y peinarnos, cerramos de nuevo las maletas y fuimos al encuentro de nuestros SS, que fumaban tranquilamente. ¿Nos habían dado una oportunidad para huir? «Demasiado bobos para eso», dijo Carmen.

Con las maletas a nuestros pies, esperamos el metro. La gente afluía y se apartaba de nosotras, seguramente por temor a coger piojos. No nos miraban. Y nosotras murmurábamos, para que nos oyeran todos los que pasa-

ban: «Somos francesas, prisioneras políticas; no somos criminales», en un alemán correcto, pues habíamos reflexionado para construir bien la frase. Una niña que iba de la mano de su madre, una mujer de nuestra edad, quiso soltarse para salir corriendo. Le dábamos miedo. Su madre la retuvo con delicadeza y dijo: «Son unas pobres mujeres. Anda, sonríeles», y ella misma nos dedicó una sonrisa amable. La niña se volvió hacia nosotras y trató de sonreír. Nos habría gustado dar un abrazo a la mujer. Madre e hija se alejaron.

Llegó el metro. Nuestros SS y los SS que escoltaban la columna masculina empujaron a los viajeros y custodiaron las puertas de un vagón para destinarlo a los prisioneros. La gente se apartaba con docilidad. Nuestros SS nos reservaron el fondo del vagón mientras que los hombres se quedaron de pie en el centro. A la luz del día —era una línea en superficie—, los rostros de los hombres nos parecieron aún más dignos de lástima. «Deberíamos darles pan», comentó Lulu. Recibieron el pan con indiferencia. Ni una mirada, ni un movimiento de labios, ni una señal en respuesta a nuestro gesto. Nos resultaron aún más desdichados.

En cada parada, los SS custodiaban las puertas del vagón para impedir que subieran viajeros. El viaje era largo. Nosotras deseábamos que fuese muy muy largo. Teníamos la sensación de estar atravesando toda la ciudad. Ruinas, ruinas por todas partes. Aquel espectáculo desolador nos llenaba de esperanza: «La victoria ya no queda lejos. Ya no pueden aguantar mucho más». Habría sido pedir demasiado que nos compadeciéramos de los

niños que seguramente yacían bajo los escombros. Solo nos inspiraban lástima los niños de Auschwitz. Nos habían insensibilizado para los demás.

Bajamos del metro y nos encontramos en otra estación de ferrocarril. Unos prisioneros de guerra, vigilados por una pareja de soldados alemanes —ancianos—, despejaban escombros. Estaban verdosos, como sus uniformes andrajosos. Los interpelamos. Eran italianos, flacos, ¡flaquísimos! Aunque no tan flacos como los deportados. Queríamos hablar con ellos —entre prisioneros siempre se halla una lengua de comunicación; Auschwitz, por lo menos, nos había enseñado eso—, pero los viejos soldados que los vigilaban nos gritaron. Nuestros SS no decían nada.

El andén estaba abarrotado. Nuestros SS abrieron paso a codazos para hacernos subir a un compartimento vacío y ellos se quedaron en el pasillo. Impedían el acceso a los demás viajeros, que protestaban. Dos soldados alemanas, vestidas de gris, lograron convencer a nuestros SS de que tenían derecho a sentarse. Nos empujaron para que les dejáramos sitio. «¿No les da miedo coger piojos?», les pregunté cuando, a pesar de nuestra inercia, consiguieron colarse entre nosotras.

—¡Ah! ¡Francesas! Yo conozco Francia. Estuve en Amiens. Los franceses son cochinos —y se apartó todo lo posible para no tocarnos.

—En Francia no teníamos piojos, pero en Auschwitz estábamos minadas. Los piojos de Auschwitz transmiten el tifus.

Se interrogaron con la mirada y salieron del compartimento insultando a nuestros SS.

Ahora desfilaba ante nosotras otro paisaje, de terreno arenoso, sembrado de sotillos de pinos. A escasa distancia de Berlín aparecieron las atalayas que puntuaban una amplia muralla de alambradas. Estuvimos atentas a la siguiente estación para leer el nombre del sitio: Oranienburg. El topónimo no nos dijo gran cosa en un primer momento. Solo después, cuando recordamos que Carl von Ossietzki estaba allí cuando le fue concedido el Premio Nobel, adquirió aquel nombre toda su significación. «Está cerquísima de Berlín. ¡No tienen ningún pudor!» Otras alambradas sucedían a las primeras, de tal modo que nos preguntábamos si seguía siendo el mismo campo. Había hombres en traje de rayas trabajando por todas partes.

Después de algo más de una hora de viaje, llegamos. Era un simple apeadero, señalado por un pequeño edificio junto a un paso a nivel. Ravensbrück. Tuvimos que esperar que el tren reanudara su camino para atravesar las vías. Nuestros SS nos obligaron a colocarnos en filas de dos y adoptar las apariencias reglamentarias. Ya no podían cargar ellos con nuestro equipaje. «Ha sido una tontería traer estas maletas para ponerlas en el vestuario de Ravensbrück. Tendríamos que haberlas dejado en los lavabos de Berlín». Unos chalés bastante coquetos, diseminados bajo los pinos, daban al lugar un aire de ciudad de vacaciones. Eran los chalés de los oficiales SS del campo. Habían sido construidos por las primeras prisioneras, que habían acarreado las piedras a mano. Lo supimos cuando estuvimos en el campo.

—Parece que estuviéramos en Fontainebleau —dijo Cécile.

—¡Ay, Fontainebleau! Yo solía ir de acampada casi todos los sábados, con la cuadrilla.

—Yo, si vuelvo, no creo que haga más acampadas...

Nos pareció que había mucha distancia entre el apeadero y el recinto del campo, delimitado por un muro alto pintado de verde.

—Impresiona menos que las alambradas electrificadas —opinó Poupette.

El misántropo

Las gitanas eran realmente extraordinarias. Se paseaban por el campo, de noche, después del recuento —en verano, porque en invierno nadie se quedaba a la intemperie después del recuento—, y vendían toda clase de artículos sisados de aquí y de allá, en el vestuario, en las cocinas, y hasta cigarrillos que sustraían de los mismísimos bolsillos de los SS. Bastaba con que tuvieran una abertura más grande de la cuenta. Venían a nuestro encuentro y, con un gesto vivaracho, se entreabrían el vestido para mostrar la mercancía.

Solo había un precio: una ración de pan. Una ración de pan por un cigarrillo, una ración de pan por una cebolla. Una ración de pan por unas bragas o una camisa. Incluso nos topamos con varias que ofrecían un trozo de carne a la parrilla. Apetitoso, doradito. Por mucho que nos juraban por sus madres que lo habían robado de la cocina de los SS, nunca les compramos carne. Nos daba demasiado miedo que el asado proviniera del crematorio.

Aquella noche, la gitanilla que me había abordado se sacó de la manga y se volvió a guardar a toda prisa un opúsculo, un libro diminuto.

—Una ración de pan —dijo, en francés.

—Hablas bien francés, ¿de dónde eres?

—Soy francesa. De Lille.

—Y el libro ¿cuál es? Déjame verlo, por lo menos.

Sacó de nuevo el librito para que lo mirase, pero sin soltarlo. Era *El misántropo*, en la co-

lección de los pequeños clásicos Larousse por un franco. *El misántropo*. No me podía creer lo que veían mis ojos. Alguien había cogido un ejemplar de *El misántropo* para el viaje a Ravensbrück...

Le di mi ración de pan. «Ya podrías hacerme precio. No es tan fácil de vender como unas bragas.» Imposible. La gitana había visto el brillo en mi mirada. ¿Quién ha pagado alguna vez tanto por un libro?

Guardándome con mucho cuidado mi *Misántropo* contra el pecho, fui a reunirme con mis compañeras al barracón. Ellas se disponían a cenar, es decir, a comerse su mendrugo de pan con margarina.

—¿Tú no comes?

—¿Qué has hecho con tu pan?

—¡Otra vez te has comprado un cigarrillo!

—No me lo habría fumado sola. No, he comprado un libro.

Me saqué *El misántropo* del pecho.

—¿Nos lo vas a leer?

Y cada una cortó una rebanadita de su pan para juntar una ración para mí.

Qué bien hablaba Alcestes. Qué precisa y firme era su lengua, qué pródigo su aspecto.

—La Celimena esta tiene la lengua tan afilada como tú, Cécile —decía Poupette, que escuchaba a Celimena por primera vez en su vida.

Desde Auschwitz, yo tenía miedo de perder la memoria. Perder la memoria es perderse una misma, es dejar de ser una misma. Así pues, me había inventado toda clase de ejercicios para poner la memoria a trabajar: recordar todos los números de teléfono que había memorizado, enumerar todas las estaciones

de una línea de metro, todos los comercios de la rue Caumartin, entre el Athénée y la estación de metro Havre-Caumartin. A costa de un esfuerzo infinito, había conseguido recordar cincuenta y siete poemas. Tenía tanto miedo de verlos escapar que me los recitaba todos cada día, todos, uno detrás de otro, durante el recuento. ¡Cuánto trabajo me había costado recuperarlos! En ocasiones había necesitado días enteros para un solo verso, para una sola palabra, que se negaba a reaparecer. Y hete aquí que de golpe y porrazo disponía de un opúsculo entero para aprenderme, de un texto entero.

Me aprendí *El misántropo* de memoria, un fragmento cada noche, que luego me repetía durante el recuento de la mañana siguiente. No tardé mucho en saberme la obra entera, que duraba casi lo mismo que el recuento. Y hasta la partida conservé el opúsculo guardado en mi pecho.

Late el corazón en Ravensbrück

Hacía muy buen tiempo aquel día de otoño. Muy buen tiempo ¿para quién? En el taller, las máquinas retumbaban, picoteando chaquetas y más chaquetas, centenares de chaquetas. Cada una en su lugar, cada una con su máquina, las trabajadoras se inclinaban sobre la obra. Las piezas pasaban de la que juntaba a la que montaba las mangas, a una tercera que colocaba el cuello, a una cuarta que abría los ojales, a la última, que cosía el forro. Una cadena. Tantas cadenas como hileras de máquinas entre las que circulaba la vigilante, una SS de gris, que gritaba —inútilmente, las máquinas tapaban los gritos—, que golpeaba. Ni levantar la vista, ni hablar, ni detenerse. El único modo de ralentizar la cadena era partir la aguja. En ese caso, podías abandonar el taburete, acercarte a la vigilante y pedirle otra aguja, que te daba a la vez que una bofetada, o un puñetazo. Íbamos partiendo las agujas por turnos. Y, a pesar de todo, se amontonaban los uniformes, en cuyas solapas ya solo quedaba por coser el escudo con las dos eses.

Las máquinas retumbaban, retumbaba su estruendo en la cabeza de las prisioneras, retumbaba sobre sus pensamientos y sus recuerdos de un día de otoño tibio y rojizo —antes—, retumbaba sobre sus proyectos para la libertad, si es que la recuperaban algún día. Las máquinas retumbaban con un estrépito que llenaba todo el taller.

De pronto, un SS aparece en la puerta, toca el silbato para dominar el estruendo y hacer

que pare, y vocifera: «Halt! Alles raus!». Todo el mundo afuera. Las máquinas se detienen, primero las que se encuentran cerca de la puerta, luego las otras, luego las últimas. Las mujeres se levantan, forman las filas. «¿Por qué nos hacen salir? ¿Qué quieren? Un castigo, seguro.»

Salen al patio, vuelven a formar, esperan. Esperan a las del equipo nocturno, que dormían en sus barracones y llegan adormiladas, y preguntan. Ninguna sabe decir qué ocurre, qué va a ocurrir. El taller está al completo, en fila delante del barracón, bajo la dulce luz del otoño.

Las mujeres se preguntan qué van a pedirles. Esperan. Por fin llega el jefe del campo acompañado de un médico SS. Una orden: «¡Quitaos los zapatos y las medias! ¡Rápido!». Las mujeres se descalzan. «¡Levantaos los vestidos!» El suboficial SS —el jefe del campo— agarra a una y le levanta la falda hasta los muslos para explicar cómo hay que hacerlo. ¡Y rápido!

Entonces, con los pies descalzos, agarrando los zapatos con la mano izquierda y con la derecha el dobladillo del vestido de rayas, las mujeres desfilan delante de los SS. «Schneller!», grita el jefe del campo. Quiere que avancemos más deprisa.

Todas lo han entendido. Se yerguen. Rápidamente, las más jóvenes se deslizan a la parte exterior de las filas para disimular a las mayores en el centro. Las que apenas pueden poner un pie en el suelo, las renqueantes que otras compañeras habían conseguido hacer entrar en el taller de confección porque se trabaja sentada, las que estaban demasiado débiles y

a las que había que evitarles las faenas con arena o carbón, todas marchan.

Los SS quieren que las prisioneras marchen rápido, pero también quieren ver. Las obligan a pasar ante ellos varias veces. Un vistazo a las piernas es decisivo. Apartan a las que tienen las piernas hinchadas, los pies deformados por los edemas. Y el desfile continúa, vestidos remangados, pies descalzos sobre la escoria, que hace daño. Schnell! Schneller! Las mujeres pasan por delante de los SS. Tensas, crispadas en un esfuerzo por caminar con naturalidad, por moverse con facilidad, crispadas para no dejar traslucir el miedo en sus facciones. Con cada vuelta, la selección deshace las filas. Las que están a un lado irán al «campo juvenil», un barracón que está situado fuera del recinto principal, donde no te dan nada de beber ni de comer, donde te dejan morir. El miedo y la crispación aumentan a medida que se engrosa el grupo aparte.

Hay una que mira, que se mira la rodilla. Si los ojos tuvieran el poder de eliminar la rigidez de una rodilla que rechaza la orden...

Hay una a la que le tiembla la barbilla. Aprieta los labios para reprimir el temblor. Pero le rechinan los dientes y le tiembla la barbilla.

Hay una que con cada paso levanta un peso sobre el que su nuca se encorva cada vez más.

Hay una precedida por su cabeza: Está huyendo. La huida hacia delante. La huida imposible.

Y todas marchan como condenados en los pórticos de las catedrales.

El comandante del campo, con los puños en las caderas, se anima. «¡Ah! ¡Ah! Late el corazón, ¿eh?» Se divierte de lo lindo.

Colócate en posición, ponte cómodo

Aquel último verano, las calles del campo no eran seguras. Eran peligrosas entre el recuento de la mañana y el recuento de la tarde. En cualquier momento podía haber una redada.

Las fábricas del Tercer Reich necesitaban cada vez más mano de obra. Los campos se la proporcionaban. Sucedía todo muy rápido. A una señal invisible, los toques de silbato estallaban por todas partes a la vez, las calles entre los barracones eran bloqueadas por las cintas rojas (las Polizei, presas que se encargaban de mantener el orden en el campo y que se distinguían por el brazalete rojo). Todas las prisioneras que estuvieran en las calles o en la puerta de los barracones eran perseguidas, cercadas. Huían en todas direcciones, con la Polizei pisándoles los talones, intentaban escapar, se daban de bruces con las barreras, eran agarradas por el pescuezo y empujadas a base de fuerza bruta, a puntapiés, a puñetazos, a bastonazos, hasta la columna que se formaba en medio del campo. Lo llamaban «marcharse en transporte».

Había opiniones divididas a propósito de dichos transportes. Algunas sostenían que era mejor estar en cualquier otra parte, en cualquier parte mejor que en Ravensbrück. Temían el final y vaticinaban que, una vez derrotados —y en el verano de 1944 la derrota ya no planteaba dudas, tras el desembarco—, los encolerizados SS darían rienda suelta a toda su crueldad. «Ya veréis, no nos soltarán así como

así. Harán saltar por los aires el campo. Minarán las alcantarillas. Lo rociarán con bombas incendiarias. Envenenarán el agua y saldrán por pies para salvar el pellejo. Ya tienen sus escondrijos, eso seguro.» Otras se negaban a contribuir lo más mínimo a la industria alemana, a pesar de que, justo antes del fin de la guerra, aquella contribución resultaba inútil. Estas razonaban así: «Estamos más seguras aquí. Los aliados bombardean las fábricas. Jamás bombardearán Ravensbrück. Aquí estamos a salvo. Los SS desaparecerán antes de que lleguen los ejércitos aliados. Tienen demasiado miedo a que los hagan prisioneros. El otro día, se abrió el maletín de una aufseherin: dentro llevaba ropa de paisana.» Sin embargo, ambas partes estaban de acuerdo en un punto: era muy importante no separarse del grupo. O partir todas juntas o quedarse todas juntas. Cada una había aprendido a golpe de dura experiencia que el individuo aislado se encuentra indefenso, que es imposible sobrevivir sin las demás. Las demás son las de tu grupo, las que te sostienen o cargan contigo cuando ya no puedes caminar, las que te ayudan a aguantar cuando ya no te quedan ni fuerzas ni valor.

En mi grupo, la decisión estaba tomada: no debíamos marcharnos.

La manera más segura de evitar las redadas y los transportes era formar parte de una columna de trabajo, una de esas columnas que se ponían en marcha después del recuento para salir a descargar carbón, cargar arena o piedras, o talar árboles en el bosque. Pero tampoco queríamos trabajar, no queríamos trabajar nada. Después de tres años de cautiverio, teníamos que dosificar nuestras fuerzas si

queríamos aguantar hasta el final, y el final parecía cerca. Así pues, cada mañana, cuando se reunían las columnas, nosotras echábamos mano a toda clase de estratagemas, siempre reinventadas, para escondernos, para que no nos cogieran para trabajar. Cuando las columnas se marchaban, teníamos que escondernos hasta el recuento de la tarde. Hasta entonces lo habíamos conseguido.

¿Por qué, aquel día, me encontraba sola en una calle del campo? Jamás nos movíamos salvo en grupo, con la vista y el oído bien alerta. ¿Por qué estaba sola aquel día, en el momento en que unos toques de silbato estallaron por todas partes, cuando las Polizei formaron cadenas al final de cada calle? Sin saber siquiera cómo ha ocurrido, me encuentro en una columna que unas SS forman a golpe de bota, que unas kapos mantienen en su sitio a golpe de bastón. ¿Cómo he podido dejarme atrapar tan tontamente? Estúpida que es una. ¡Ah, qué tonta, qué tonta!

Y aquí estoy, en medio de todas estas caras desconocidas. Rusas, polacas, nadie que recuerde haber visto antes, nadie que hable francés. Despacio, a fuerza de golpes y gritos, la columna se estabiliza. Ya no se disuelve. Tal vez todo el mundo se haya resignado. Mi mortificación arrecia. Y mi ansiedad. No volveré a ver a mis compañeras. ¿Adónde vamos? Nunca se sabe. ¿A qué clase de fábrica? Nunca se sabe. Estoy en el extremo de la fila, miro, escruto, busco una posible escapatoria. Unas kapos custodian los alrededores, ahora con bastante despreocupación. Están cansadas de haber corrido y usado los bastones. Dos SS nos vigilan, van y vienen de un extremo de

la columna al otro. Esperamos. Esperamos a Pflaum, más conocido como «el traficante de esclavos», porque es él quien se encarga de los transportes, porque es con él con quien tratan los industriales interesados en la mano de obra. Cuando llegue, harán los números, formaremos el convoy. Nos marcharemos. Yo me marcharé y mis compañeras no sabrán dónde estoy. Esperamos.

Aparece una tercera SS que se suma a sus semejantes, y las tres se detienen. Yo las miro. No les quito ojo. Bastaría con que algo atrajera súbitamente su interés, el otro extremo de la columna, por ejemplo, para que... Observo sobre todo a la que me da la espalda. Por la manera en que apoya el peso sobre las piernas, me da la sensación de que está desplazando su atención, y, de pronto, en uno de esos destellos que se tienen en sueños, oigo la voz de Jouvet, en su clase del conservatorio, Jouvet diciéndole a un alumno que avanza por el escenario y emprende su escena: «No. Vuelve a empezar. No has entrado. Entra. Y espera. Eso es. Colócate en posición. Bien. No te muevas. Ponte cómodo. Ahora estás en posición. Ahora puedes hablar. Y nosotros sabemos que tienes algo que decir. Ahora te vamos a escuchar. Ahora sabemos que vas a hablar». Colócate en posición. Ponte cómodo. Las tres SS están en posición. Por su espalda, por sus botas, por sus hombros, comprendo que entablaban una conversación y no se moverán. Están cómodas. Entonces, rápidamente, me salgo de la fila dando un brinco. Con toda la fuerza que me permiten mis piernas, me meto en una calle frente a mí, corro, y mi carrera hace aparecer a una Polizei con la que me tropiezo, corro, corro

hasta el final del campo, hasta nuestro barracón, al que llego sin aliento, agotada de tanto correr, de correr tan rápido, de tener tanto miedo, y me abalanzo sobre el grupo de mis compañeras, que me reciben con los brazos abiertos. «¿Dónde estabas? ¿Te habían cogido? Cuando hemos oído los silbatos y hemos visto que no estabas, nos ha entrado miedo. ¡Ay, qué miedo hemos pasado!» Yo también pasé miedo. Tardé mucho rato en recuperar la respiración, en oír que se espaciaban los latidos de mi corazón.

La partida

De pronto, el sopor de la tarde del domingo se vio sacudido por unos temblores cuyo epicentro no distinguíamos, unos temblores que se inflaban, se amplificaban en alboroto, en agitación frenética, y después en caos generalizado. Los grupos corrían en todas direcciones, las cintas rojas se lanzaban a toda velocidad por las calles del campo, llamaban a las jefas de bloque, transmitían una orden, que repercutía enseguida en los barracones, buscaban personas aisladas o grupos de amigas que se paseaban y charlaban, con la camisa que acababan de lavar colgando del brazo, agitándola para que se secara más rápido, o que, sentadas a lo largo de los muros, bajo las ventanas de los barracones, sacudían la cabeza para airear el cabello y disfrutar de uno de los primeros días de sol. Pero de pronto todo era animación, preguntas, movimiento. «¿Sois francesas? ¡Pues rápido, a la Lagerplatz! ¡Todas las francesas, a la Lagerplatz! ¡Reunión!» «¡Las belgas! ¡A la Lagerplatz! ¡Reunión!» «¡A la Lagerplatz! ¡Con todas vuestras cosas!» ¿Con todas nuestras cosas? ¿Qué significaba eso? La escudilla, la cuchara, el cepillo de dientes y el trozo de jabón, las que tenían; quizá las cartas de casa, la última de las cuales databa de mayo de 1944; un objeto tan valioso como un pedazo de espejo o un cuchillo, conseguido después de infinitas negociaciones... Tesoros ridículos que resumían, cada uno de ellos, una larga codicia y unos cálculos minuciosos; recetas de cocina reunidas en trozos de papel obtenidos

al precio de infinitas estratagemas o regateos increíbles.

Las mujeres salían por centenares de los bloques y de los rincones donde se habían refugiado para pasar una tarde de descanso lo más tranquila posible, felicidad que había que saber aprovechar, por una vez que teníamos un domingo sin castigo, por una vez que hacía bueno y que podíamos incluso lavarnos el pelo con la suerte de secarlo al sol.

En un estruendo creciente de suelas de madera que arañaban la escoria compactada de los caminos, de gritos proferidos por las cintas rojas y las kapos de todas las lenguas para dirigir a las prisioneras hacia el lugar de reunión, de órdenes que se cruzaban por encima de las cabezas, los cuadrados se formaban en la plaza, enfrente de las cocinas. «¿Qué pasa?» La inquietud aumentaba. «¿Qué bicho les ha picado?» Las filas se formaban en desorden, y tardaron largo rato en ponerse en posición y no moverse. Las SS llegaban, contaban después de las jefas de bloque, se iban, volvían. Circulaban preguntas y rumores de una fila a otra.

—¿Por qué solo convocan a las francesas, las belgas y las luxemburguesas?

—También han llamado a las holandesas.

—Y a las noruegas.

—¿Hay noruegas? ¿Tú conoces a alguna?

—Están evacuando el campo.

—En ese caso, ¿por qué no convocan a todo el mundo?

—¿Por qué te empeñas en entender lo que pasa? Sabes muy bien que aquí nunca se entiende nada.

Entretanto, las filas volvían a disolverse y las cintas rojas intervenían. Pero nadie hacía caso de sus gritos.

Esperábamos. La espera se volvía fastidiosa.

—¡Mirad! Parece que por el final empiezan a moverse.

—Sí, las llevan a la ducha.

—Entonces, esto no es la evacuación. No nos harían pasar por las duchas para echarnos a los caminos.

—Como si fuera la primera vez que nos obligan a hacer alguna estupidez...

—Aun así, por muy ilógicos que sean...

Las filas se disolvían una por una, despacio. Una por una, las mujeres entraban en las duchas. Las que habían entrado primero salían ya, y las kapos las obligaban a formar otra fila, en la calle principal. Cuando nos llegó el turno, ya no quedaba agua en las duchas. Aun así, nos obligaron a desnudarnos. «Quitaos los vestidos. Dejaos puestos los zapatos. Entregad las escudillas.» El médico SS estaba allí, rodeado de varios SS, varones y mujeres, y todos nos examinaban. Seguíamos sin entender nada, especialmente por qué separaban a las que tenían el pelo recién rapado. Algunas, pocas, habían sido peladas hacía muy poco, so pretexto de que tenían piojos. Los SS las empujaban a otra fila y las muy desdichadas, separadas de sus compañeras, se sumían en la desesperación. Las demás, desnudas, con los zapatos en la mano, pasaban por delante del médico, que las palpaba al azar, y que enseguida se conformó con mirar a aquellas mujeres que desfilaban ante él. Una vez concluida la inspección, una prisionera, empleada en las

duchas, nos entregaba a cada una un hatillo con prendas de rayas idénticas a las que acabábamos de quitarnos, pero desprovistas de número. Y, de cinco en cinco, salíamos de la ducha para alargar la columna que se formaba en la Lagerstrasse, que se ampliaba a medida que se reducían los cuadrados de la Lagerplatz.

Esperábamos, y seguíamos haciéndonos preguntas. «¿Tú entiendes algo?» Hasta que, de pronto, un ruido hace palpitar las filas: «Nos han liberado. Las francesas están liberadas». Unas sonrisas cansadas acogen la noticia.

—¿Y por qué no? Ya liberaron el mes pasado a las que se fueron con los canadienses.

—Puede que se fueran. Pero ¿quién te ha dicho que hayan llegado?

—¿Liberarnos para ir adónde? Más bien nos echarán a la calle... con los SS y los perros.

Otros rumores precisaban:

—Hay camiones esperando en la puerta del campo.

—Sí. Llegaron anoche.

—¿Camiones? ¿Tú los has visto?

—No, a mí me lo ha dicho Martha. Ella sí los ha visto.

—Me lo creeré cuando los vea.

—Y aunque los vieras... ¿Quién te ha dicho que esos camiones son para nosotras?

—Sea como sea, algo pasa...

—También podría ser un transporte negro...

—Tú serías capaz de desmoralizar a un regimiento entero.

De la ducha salían grupos nuevos que iban a engrosar la columna.

—Nosotras no nos hemos cambiado de ropa. Ni nos hemos duchado. Nos han ordenado que arranquemos los números y los tiremos a una papelera.

—Ya no quedan ni agua ni vestidos.

El día declinaba. Alguien dijo:

—Creo que está lloviendo. Me ha caído una gota.

Alargábamos la mano para comprobarlo. Era una lluvia fina, una lluvia que no incordiaba demasiado. La excitación del principio había decaído. Empezábamos a tener frío, a estar cansadas. El tiempo no pasaba. No había nada que hacer aparte de zapatear. Habíamos agotado todas las conjeturas.

De repente apareció Pflaum en su bicicleta, saltó, tiró la bicicleta a un lado y le dijo a una de las SS que custodiaban la columna: «No se marchan hoy. ¡Al Straffblock a pasar la noche!».

Enseguida se difundió la noticia. «Vamos al Straffblock», y el miedo nos atenazó a todas. El bloque disciplinario, un poco apartado, detrás de un cercado, inspiraba terror. No sabíamos lo que ocurría dentro; cosas temibles, con toda seguridad.

Despacio, con paso fatigado, la columna se dirigió hacia el barracón, se adentró en él. El barracón estaba vacío. ¿Qué había sido de sus ocupantes, las castigadas? El suelo acababa de fregarse, todavía estaba mojado. Un olor a madera húmeda nos daba la bienvenida. «¡A la cama! ¡Acostaos!», gritó la jefa de bloque, una alemana.

«Y se ahorran la ración de pan.» No habían repartido el pan de la cena. Aunque a nadie parecía importarle. Agotadas por las horas de

espera, todas aspirábamos únicamente a tumbarnos. Cuando Mado y yo entramos en el barracón, los camastros estaban todos ocupados. Solo nos quedaba la posibilidad de sentarnos en el suelo mojado del comedor, al fondo del cual habían amontonado mesas y taburetes. Por grupitos, las recién llegadas se sentaban en el suelo, y enseguida se formó una maraña con las preguntas de un grupo al otro:

—¿Tú crees que sí?

—Hombre, esta vez parece bastante seguro.

—Para evacuar el campo no nos habrían quitado los números.

—Ni nos habrían hecho pasar por las duchas.

—Cuando salimos de Auschwitz, nos devolvieron nuestras cosas.

—El año pasado tenían tiempo. Esta vez parece que no mucho.

—Sí, pero ¿para ir adónde? Dicen que los americanos están a cincuenta kilómetros.

—Precisamente. Para entregarnos en el puesto americano más cercano.

—Tú estás delirando. Todavía hay combates. ¿Acaso nos van a hacer atravesar la línea de fuego?

—Habrá un alto el fuego, lo que tardemos en pasar.

La respuesta fueron unas risas escépticas. Qué optimista era esta.

Unas se tumbaban, mudas, al límite de sus fuerzas. Otras, apoyándose en la pared, contaban cada respiración como si dudaran de poder sobrevivir hasta la mañana, con la mano en el corazón, como para ayudar al corazón a latir. Aquí y allá continuaba el parloteo, oscilando entre la esperanza —un tanto for-

zada— y la duda, siempre formuladas con frases interrogativas.

—¿Qué será lo primero que pidas cuando seas libre?

—Comida. Un pollo para mí sola. Un pollo asado, bien hechito, que los huesos se desprendan solos.

—Yo preferiría algo crujiente.

—Me meteré un muslo entero en la boca...

—¿Con todo el jugo chorreando...? Ni hablar. Yo lo que quiero es poder usar cuchillo y tenedor, cortar encima de un plato.

—Yo me tomaría un buen chocolate con mucho azúcar, muy espeso, y una tostada con mantequilla. Con la misma cantidad de mantequilla que de pan, para que se quedaran marcados todos los dientes en la capa de mantequilla.

—Yo creo que empezaré por un baño caliente. Perfumado, con sales de lavanda.

—Qué señorona.

—Pues yo no. Yo lo primero que haré será acostarme. No tendría valor de darme un baño.

—Con lo agradable que es un buen baño caliente.

—Eso, al día siguiente. Lo primero: acostarme, que me traigan la comida a la cama.

—Yo creo que si me acuesto no me despertaré al día siguiente. Me pasaré días y días durmiendo.

—Yo fumaría. Un cigarrillo de verdad. Uno entero para mí.

Raras veces habíamos conseguido cigarrillos. Las gitanas, que se los robaban a los SS, vendían cada cigarrillo a cambio de una ración de pan. El cigarrillo proporcionaba una calada

a cada una de las que habían participado en la compra, que tenían que sufrir la reprobación de las otras: «¿Estáis locas? Mira que cambiar comida por tabaco, cuando apenas nos llega para no morirnos...».

—Y a ti, ¿qué te gustaría hacer?

—A mí, nada.

—¿Nada?

—No. Nada. Creérmelo. Convencerme. Acostumbrarme.

—Enseguida se acostumbra una.

—Acostumbrarse a levantarse tarde, a ir de acá para allá cuando te dé la gana... No, eso requiere tiempo.

—Pero no hay que preocuparse por esas cosas.

—Tienes razón, todavía no toca.

El cansancio se apoderaba ya de las más robustas. El tono bajaba, las voces se debilitaban. Los silencios interrumpían los murmullos, y en esos intervalos se oían las respiraciones sofocadas de las que estaban arrimadas a la pared, con la boca abierta, la mirada perdida. En todo momento había una mujer que salía del dormitorio, otra que se levantaba de su rincón. Pasaban por encima de las que estaban sentadas por el suelo para ir al baño, o bien preguntaban:

—¿Alguien tiene un jarrillo? Margot necesita beber agua, se encuentra mal.

—Mamá Suzon no va a aguantar. Respira muy fuerte. Nos da miedo.

Gritos, al principio lejanos, dominaban de repente los murmullos.

—Es Jeannette. Está delirando. Está ardiendo.

—No entiendo cómo le han dejado pasar la inspección. Se ve a la legua que tiene tifus.

—¿Habrías preferido que le impidieran irse?

Sentada junto a otras tíficas, todas ellas inmóviles, temblorosas, los labios sin color en su rostro moreno oscuro, casi pardo, Jeannette se hundía.

Las conversaciones se reanudaban:

—Yo llegaré sin avisar. ¡Holaaa! ¡Ya estoy aquí!

—No te quedará más remedio. ¿O te crees que en Francia funciona el teléfono?

—No llegaremos cada una por su lado. Nos esperarán en la estación.

—Qué maravilla, llegar a tiempo para el Primero de Mayo.

—¿Quieres desfilar el Primero de Mayo?

—Pues claro. Ya nos hemos perdido la Liberación.

—Conmigo que no cuenten para el desfile. No, gracias. Bastante he desfilado ya aquí.

—No será en filas de cinco...

—Ni de cinco ni de diez; se acabaron los desfiles.

—Eso es como decir que nunca más te levantarás de buena mañana porque aquí has estado levantándote a las cuatro.

—Precisamente. He tenido amaneceres suficientes de aquí al fin de mis días. Si veo alguno más, será volviendo de tomarme una sopita de cebolla en Les Halles. Y ni por esas...

—Las cosas habrán cambiado mucho cuando volvamos.

—Bueno, ya habían cambiado mucho cuando nos fuimos, el año pasado.

—Es verdad que vosotras todavía no lleváis un año aquí.

—Hay que ser tonta para que te metan en Romainville cuando los americanos están en Porte d'Orléans.

—Lo más gracioso es que entramos tan alegremente. Estábamos convencidas de que era un viaje de ida y vuelta. Lo que tardáramos en ver cómo era y transmitiros las últimas noticias.

—Qué largo ha sido el invierno. Qué largo desde que París fue liberado. Habrán luchado hasta el final.

—Y ¿te crees que habrán luchado hasta el final para soltarnos así como así?

—Yo, cuando me fui de mi casa, tenía la colada en el fuego.

—Bien cocida estará a estas alturas.

—No, el policía cerró el gas.

—Un auténtico ángel de la guarda.

—Alguien habrá ido a tu casa y habrá puesto orden.

—No, nadie sabía dónde vivía.

—Podrías haber mandado una postal.

—¡Idiota!

—Mira, a mí lo que me gustaría hacer es ir al estanco de Ravensbrück y comprar unas postales.

—No tienes marcos.

—Yo no perdería ni un minuto más aquí. Cuando sea libre, no me voy a poner a hacer turismo.

—Yo no veo el momento de salir, pero no tengo ninguna prisa por volver. Ya sé lo que me espera y lo que no me espera. Si vuelvo, seré la única superviviente de mi familia.

—Vente a vivir conmigo, nosotros somos más de treinta.

—¿Tú de dónde eres?

—Del Poitou. Lo primero que voy a hacer va a ser pedir un plato de mongettes.

—¿De qué?

—¿Eso qué es?

—Judías. Judías blancas, guisadas con tocino. Mi madre las prepara... ¡Tan mantecosas que se derriten en la boca!

—Habláis todo el rato de comida, pero de beber, nada. Yo pediría algo bueno de beber, algo muy bueno.

—Un buen café.

—¿Crees que repartirán el café, antes de que nos vayamos? Tengo una sed...

De repente, todo se sume en el silencio. La puerta se abre con brutalidad. Pflaum aparece en el umbral, respirando ruidosamente, como si hubiera venido corriendo. La jefa del bloque, que estaba acostada en un cuchitril junto a la puerta, se acerca a él. «Que vuelvan a sus bloques. No se van», dice Pflaum en alemán, y desaparece por donde ha venido.

«¿Qué pasa? ¿Qué ha dicho?»

Con cierta vacilación, se eleva la voz de una mujer que se encuentra cerca de la puerta: «Ha dicho: Que vuelvan a sus bloques. No se van».

Un instante de estupor. Un grito. Un lamento. Un grito más largo. Como si todo se desmoronara.

La jefa de bloque atraviesa el comedor y grita: «¡Arriba! ¡Recuento!». ¡Recuento! Todas nos sentimos atrapadas en una pesadilla. La jefa de bloque sigue gritando: «¡En filas! ¡En filas, fuera! ¡Volved a vuestros respectivos bloques!».

Las que estaban dormidas salen desconcertadas del dormitorio. «¿Qué pasa? ¿Nos vamos ya?»

Debían de ser las cuatro de la mañana. Era noche cerrada. Hacía frío, un frío húmedo que nos calaba después de aquella noche que nuestros cuerpos pegados habían calentado. La jefa de bloque gritaba a pleno pulmón: «¡En fila con vuestras respectivas compañeras de bloque para el recuento!».

Las mujeres salían, tambaleándose, aturdidas. Tiraban de las enfermas a las que todavía les habría quedado un arrebato de vida para caminar hacia la libertad, y que ahora ya no se tenían en pie. Algunas, casi sin conocimiento, movían los labios para pedir una explicación. Nadie podía decir nada, explicar nada.

Paso a paso, ayudándonos mutuamente, nos juntamos con nuestras antiguas compañeras, ya alineadas para el recuento. Nos miraban sin comprender, pero sin hacer preguntas. Las prisioneras más antiguas, las checas, las polacas, habían perdido hacía mucho tiempo la costumbre de hacer preguntas.

Después del recuento se reanudó la rutina, pero de una manera extraña. Ya no nos mandaban a trabajar. Las cintas rojas ya no patrullaban por las calles del campo. Aquel simulacro de partida había puesto patas arriba todo el sistema. La sopa se servía a cualquier hora. Algunas veces no había; otras veces había de más.

Estábamos ociosas, atónitas. Íbamos de acá para allá por el campo, intentando descifrar en el semblante de las SS algún signo que revelara su desasosiego, o sus intenciones. No se veían muchas SS. Buscábamos a las que tra-

bajaban en las oficinas; quizá ellas supieran algo. Y cada día veíamos morir a fulana y a mengana, al límite de la vida, compañeras que podrían haberse salvado si hubieran sido liberadas aquel día. Morían a causa de la emoción, de la decepción. Morían por haber dejado latir la esperanza en sus corazones.

No nos cruzábamos con ningún rostro que no fuera interrogación, que no ardiera en preguntas:

—¿Crees que nos iremos? ¿Tú qué opinas?

—Nada. ¿Qué voy a opinar?

—Mira. Tienen que liberarnos. No aguantaré. No aguanto más.

La voz apenas perceptible, los labios retraídos, las pupilas dilatadas, me miraba y sus ojos suplicaban; «Voy a morir», decía su mirada. «Voy a morir si no salgo de aquí ahora mismo.»

—Ya no puede tardar mucho. Haz un último esfuerzo.

—No, no puedo más. Te lo aseguro. Esta vez ya no puedo más.

Era cierto. Imposible llevarle la contraria. Se agarraba a mí, floja como una planta marchita. ¿Y todas las demás? Los ojos hundidos en las órbitas, los párpados de plomo, ¿de dónde sacarán fuerzas para aguantar, aunque sea solo unos días? Su mirada implorante era el único punto con vida en aquellos cuerpos que estaban ya poseídos por la muerte.

Al final, abrumada por unas preguntas a las que en verdad yo no podía responder, decidí decir:

—Sí, sí, nos iremos. Nos iremos el veintitrés.

—¿El veintitrés cuándo es?

—El lunes que viene.

—¿Y por qué el veintitrés? ¿Lo sabes? ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto. No preguntes cómo. Nos iremos el veintitrés.

—A saber si llegaré.

—Pues claro que llegarás. Ve a tumbarte.

Después de echar cuentas mentalmente, seguía preguntándome:

—¿Por qué el veintitrés?

—Porque todo lo que me pasa me pasa en veintitrés.

El muchacho que desde hacía unos días se sentaba a mi lado en clase, y que ese día se las había arreglado para rondarme cuando yo salía y me había preguntado, sin atreverse a mirarme: «¿Hacia dónde va? ¿Puedo acompañarla?», caminaba a mi derecha, en silencio. Bajábamos el bulevar Saint-Michel. Era por la tarde, después de un chaparrón. Caminábamos en silencio mientras él buscaba la manera de entablar conversación. Yo veía, mirándolo de reojo, que estaba cada vez más apurado por decir algo. A mí me divertía, y no hacía nada por echarle una mano.

En la esquina del bulevar Saint-Germain, junto a la reja de Cluny, había un puesto de flores: una canasta de mimbre forrada con una alfombra de mechones verdes a guisa de hierba en la que se exhibían varios ramitos de violetas amontonados. Una pizarra clavada en las violetas decía: Hoy, 23 de abril. San Jorge.

—Es mi santo —dijo el muchacho, por fin.

—¿Se llama usted Georges?

Envalentonado, añadió:

—Es una suerte conocerla a usted en el día de mi santo.

—San Jorge es un santo bonito. Está soberbio con su coraza negra, con ese pelo dorado cayéndole sobre los hombros, a lomos de su caballo, clavando la lanza en la garganta del dragón.

—Me encantaría gustarle tanto como le gusta san Jorge —dijo el muchacho, que superaba la timidez hasta el punto de cogerme del brazo.

A mí me parecía muy guapo. Luego, me contó que había estado tentado de regalarme un ramo de violetas, y que si no lo hizo fue por miedo a que me burlase de él.

Fue otro 23, el 23 de mayo, cuando me convocaron en su celda de La Santé, donde yo también estaba presa, para que me despidiera de él. Mi guapo san Jorge, que moría luchando con el dragón, mi guapo san Jorge, tímido y valiente.

Pero, en aquel momento, en Ravensbrück, dando a las implorantes la esperanza de que nos iríamos el 23, no me dejaba llevar por mis recuerdos. Todavía no era el momento de dejarse llevar.

¿Por qué dije que nos iríamos el 23? No soy supersticiosa. Por impaciencia. Por caridad. Porque no podía aguantar más esas miradas que mendigaban un destello de esperanza, una migaja de certidumbre. Y yo decía: «Nos iremos el veintitrés» con una seguridad tan bien interpretada que ellas se iban reconfortadas.

Nos fuimos el 23, el 23 de abril. Si Mado no estuviera aquí para dar fe de ello, no me atrevería a rememorar mi propia predicción.

El adiós

Nos despertamos con el ruido de la llave en la cerradura. Apenas clareaba el día. La celda estaba apenas iluminada. Un soldado, parado en el marco de la puerta, pronunció mi nombre y me ordenó que me vistiera, con su acento que transformaba las palabras, que confería a las palabras un significado mortal. «Vístase, si quiere ver a su marido... todavía.» Hizo una pausa antes del «todavía». Un significado mortal. Se retiró al pasillo, dejando la puerta entornada, mientras yo me vestía. Mis compañeras de celda también se habían levantado. Me entregaban mis cosas, me ayudaban con gestos de amabilidad y de compasión, su única manera de transmitirme su bondad y su afecto. Flanqueada por dos soldados, atravesé pasillos oscuros, largos, con cruces y recodos, un itinerario complicado. Las botas de los soldados resonaban sobre las baldosas. Caminábamos deprisa.

Yo habría querido caminar más deprisa. Me dejaron en una celda cuya puerta estaba abierta. Apoyado en la pared, Georges me esperaba. Jamás olvidaré su sonrisa.

Apenas tuvimos tiempo para decirnos todo lo que habríamos querido decirnos. Uno de los soldados me llamó: «¡Señora!», siempre con aquel acento que confería a las palabras un significado mortal. Respondí mediante un gesto: Espere. Un minuto más. Déjenos un minuto, un segundo más, decía mi gesto. Él volvió a llamarme, y yo no solté la mano de Georges. A la tercera vez, tuve que marcharme,

como Ondina, a la que el Rey de los Ondinos debía llamar tres veces cuando ella se despedía del caballero que estaba a punto de morir. A la tercera vez, Ondina olvidaría y regresaría al fondo de las aguas, y, como Ondina, yo sabía que olvidaría, porque olvidar es seguir respirando, porque olvidar es seguir recordando, y porque la distancia entre la vida y la muerte es mayor que la que separaba la tierra y las aguas a las que regresaba Ondina para olvidar.

Los soldados me escoltaron de vuelta a mi celda. Quisieron empujarme al ver que me quedaba inmóvil en el umbral y les impedía volver a cerrar la puerta. Me adentré en la celda. Mis compañeras vinieron a mi encuentro. Yo me tambaleé —ah, apenas, como si perdiera pie— y ellas me tumbaron en mi catre. No me preguntaron nada. Y yo no les dije nada, no les dije nada de lo que le había dicho a él, a él, que estaba a punto de morir.

Le dije
qué guapo estás.
Estaba guapo de muerte, su muerte cada
segundo más visible.
Es cierto que la muerte
embellece.
Os habéis fijado
en cómo son
los muertos, últimamente
son jóvenes y musculosos
los cadáveres de este año.
La muerte rejuvenece
cada día
este año
un chiquillo ayer no había cumplido
los diecinueve.
Sé muy bien que no hay nada como ella
para embellecer a los vivos
para devolverles la faz de la niñez.
Él estaba guapo de muerte
cada segundo más guapo
que iba a posarse sobre él
caía sobre su sonrisa
sus ojos
su corazón
su corazón que latía
que vivía.
Más horrible aún por lo guapo que estaba
más horrible aún porque son
jóvenes y guapos
todos
tumbados uno junto a otro
guapos para la eternidad
y fraternales

alineados
cuando se siegan hombres como espigas
la espiga a su tiempo y el grano maduro
el hombre a su tiempo
en el verano de la rebelión
cuando se tumban hombres como espigas
la mirada frente al acero
pecho expuesto
pecho reventado corazón agujereado
los que habían elegido.

Es lo que lo embellecía tanto
haber elegido
elegido su vida, elegido su muerte
y haber mirado hacia delante.

La última noche

Salvo por un par de detalles, todo debía transcurrir como el domingo anterior. Estrépito, gritos, reunión delante de las cocinas a primera hora de la tarde. También era domingo.

Formamos en fila. Cuentan las filas. Órdenes entrecruzadas, más suaves, menos vociferadas que el domingo anterior. Como el domingo anterior, nada se había filtrado, nada había dejado presagiar que volveríamos a representar la escena de la partida. De repente, rápido, las francesas, las belgas, las luxemburguesas tenían que personarse en la Lagerplatz. Vuelven a contar las filas. Las jefas de bloque sostienen el gran registro contra el pecho y comparan las cifras que dan las mujeres reales con las cifras de su registro. Largos los cálculos, largas las comprobaciones.

«Bueno, ¿volvemos a la ducha? Esta vez me gustaría que hubiera agua.»

No hubo ni ducha ni selección. Solo una formalidad suplementaria. Como desde el domingo anterior ya no llevábamos el número en el vestido ni en la chaqueta —bueno, supongo que fue por eso—, habían decidido reconstituir las identidades. Habían instalado unas mesas hechas con tablones sobre caballetes en una calle lateral. Dos prisioneras de la Politische estaban allí sentadas, con sendos cuadernos abiertos ante ellas. Nosotras, en fila, esperábamos. Las del final interrogaban a las primeras: «¿Qué hay que hacer? ¿Qué están anotando? ¿Qué están preguntando?».

Las primeras contaban, y la información circulaba de fila en fila:

—Están preguntando apellido, fecha de nacimiento, nombre y apellido del padre, su fecha de nacimiento.

—¿La fecha de nacimiento de quién?

—La de tu padre.

Más valía saber en qué consistía el asunto y prepararse a responder sin titubear. Algunas necesitaban un tiempo de reflexión. Que una se ponga un nombre prestado no implica que se invente también un padre, con nombre de pila y fecha de nacimiento. Y las que habían respondido a esas preguntas cuando llegaron tenían que acordarse de lo que habían dicho o lo que habían escrito en su ficha de ingreso.

—Yo no me acuerdo del nombre que di para mi padre.

—¿Tú no estás inscrita con tu verdadero nombre?

—Nunca han descubierto mi verdadero nombre, ni siquiera los franceses.

—Muy cómodo, para cuando te busquen.

—¿Y si hubieras muerto?

—Habría muerto sin morir. La inmortalidad es eso.

—¿Crees que tiene importancia? Parece que tienen un buen lío ahí montado.

—Esta vez nos vamos. Ahora ya no cabe duda.

—Cualquiera diría que no los conocéis. En la fortaleza en la que estuvimos, una mañana fueron a buscar a una prisionera. Hicieron toda la pantomima de una puesta en libertad. Le devolvieron el bolso y los papeles. Llegaron incluso a desearle buen viaje, y la mujer se encontró en una celda para condenados a

muerte. Qué habrá sido de ella. No la trasladaron aquí con nosotras.

—¿No tienes una anécdota más alegre que contar?

—Dime cómo se llama mi padre y su fecha de nacimiento.

—Di cualquier cosa. Te aseguro que este circo ya no vale para nada. Ni siquiera deben de saber qué han hecho con sus papeles.

—Han debido de quemarlo todo para que los aliados no encuentren nada.

—Entonces ¿para qué quieren más papeles? Podrían liberarnos sin identidad. De todos modos, viajaremos sin pasaporte.

—¿Acaso es la primera vez que los ves haciendo papeleos inútiles?

—Están guardando la compostura, antes de salir por pies. En cuanto nos vayamos nosotras, ellos se quitan de en medio. No tienen ningunas ganas de que los hagan prisioneros.

—Claro, y se esfumarán, ¡puf! ¡Sin más! Tú te crees que estás en una película.

—El otro día, una SS (¿te has fijado en que desde hace un tiempo llevan todas un maletín que no sueltan ni a tiros?), el otro día a una SS se le cayó el maletín y el contenido se desperdigó por el suelo. Era ropa de paisana: una falda, una blusa, una chaqueta, zapatos. Una muda completa. Lo vio Jeanne. Perfecto para desaparecer, ¿no te parece?

Avanzábamos despacio. La ficha de identidad era lenta. Las que escribían eran checas o polacas. No entendían bien lo que decíamos, no sabían escribirlo. ¡Y que no contaran con nosotras para que las ayudáramos! No porque tuviéramos nada contra ellas, en absoluto.

Pero nos alegrábamos si nuestras identidades resultaban erróneas.

Las filas se habían disuelto. Había unas SS vigilando, pero tenían pinta de aburrirse y no intervenían para que respetáramos el orden y la alineación.

—Está claro que esto es el final.

Ciertamente, la disciplina se había relajado. Las más cansadas se sentaban en el suelo; otras iban de grupo en grupo para charlar. De pronto, sin que nadie supiera de dónde había salido, apareció al final del camino una carretilla plana tirada por dos cintas rojas. Las SS nos llamaron y las filas que esperaban para pasar por las mesas se desplazaron hacia la carretilla, sobre la que se amontonaban cajas de cartón. Las cintas rojas y las SS repartieron las cajas. Una a cada una. Paquetes de la Cruz Roja canadiense. Cada una se afanó de inmediato en abrir su paquete, olvidándose de avanzar hacia las mesas de identidad. Sin embargo, todas acabamos pasando, en una gran confusión, y tuvimos que volver a formar en columna, de cinco en cinco, en la Lagerstrasse.

El día tocaba a su fin. Como el domingo anterior, llovía, una lluvia fina que había diluido la tinta en los cuadernos de identidad. Sin dejar de comer lo que contenían los paquetes a medida que íbamos descubriéndolo —galletas, biscotes, una lata de corned beef y muchas cosas más, todo ello bien apretado en la caja—, esperábamos. Esperar, siempre esperar, nos harían esperar hasta el último momento... Hurgábamos en nuestras cajas y enunciábamos lo que descubríamos. Eran todas rigurosamente idénticas. Había incluso un paquete de cigarrillos americanos. Fue ese paquete lo

que abrí en primer lugar. Saqué un cigarrillo. Lo sostenía entre los dedos, con cierta torpeza, y pensaba: ya podrían haber metido cerillas. Lógicamente, no se les había ocurrido. Los paquetes estaban destinados a los soldados, y los soldados siempre tienen fuego. Yo sentía unas ganas irreprimibles de encender aquel cigarrillo. Con paso tranquilo, me acerqué a la SS y le pedí fuego. Sin manifestar reservas ni sorpresa, con toda naturalidad, como en la vida civil, la SS se sacó un mechero del bolsillo y me lo ofreció. Yo encendí el cigarrillo y di una calada, en las narices de la SS, a la vez que le devolvía el encendedor. Ella lo cogió y dijo: «Danke». Definitivamente, era el fin.

El cigarrillo no me resultó tan agradable como esperaba. El primer cigarrillo, debería haberlo imaginado. Aun así, me lo fumé entero, obligándome un poco. La cabeza me daba vueltas.

Todo estaba muy bien embalado en aquel paquete. Había muchas tapas de modelos desconocidos, de rosca o de las de tirar de una lengüeta de metal. Tras comer todo lo que se presentaba bajo la forma más sencilla —las galletas, el chocolate, el azúcar—, algunas la emprendían con la lata de mantequilla, hundiendo dos dedos y poniéndose un pegote en la lengua para chupar como si se tratara de un caramelo.

—Es con sal.

—Yo estoy comiendo algo que no sé qué es, pero está bien rico.

—¿A ver? Ah, la caja azul. Es mantequilla de cacahuete. Muy reconstituyente.

Esperábamos. La espera no acababa nunca. Había dejado de llover. El cielo se había despe-

jado. Había caído la noche. Los focos se encendían. Y, como el domingo anterior, vimos llegar a Pflaum en su bicicleta, soltar el manillar y espetarle a una de las SS: «No se van hoy», señalando al mismo tiempo los bloques a los que tenían que mandarnos para pasar la noche. Y, como el domingo anterior, empezaron a brotar preguntas ansiosas por todas partes:

—¿Qué ha dicho? ¿Lo has entendido? Tú que sabes alemán, ¿has oído lo que ha dicho?

—Ha dicho que hoy no nos vamos.

—Otra vez la jugarreta del domingo pasado.

—¿Lo ves? No nos vamos —me dice una mujer menuda con la cara desencajada.

Y yo, imperturbable:

—Te dije que nos iríamos el veintitrés. El veintitrés es mañana.

—¿Sigues creyendo que nos iremos?

—Mañana. Estoy convencida.

Me dio las gracias con una mirada que expresaba su deseo de creerme y que sin embargo se desteñía.

—Ánimo, mujer. Es la última noche que pasamos aquí.

La columna se puso en marcha y atravesamos todo el campo, toda una zona desierta al fondo del campo, para instalarnos en los barracones vacíos. Todas tomaron posesión de las camas de inmediato. Esta vez había para todas. Estábamos exhaustas y sabíamos demasiado bien lo que vale una noche de sueño como para no tumbarnos en cuanto nos fue posible. Abrazando sus valiosos paquetes, todas se acostaron. Menos yo.

Había en el paquete una lata de café soluble. Las instrucciones indicaban que podía hacerse con agua fría. ¡Un café y un cigarrillo!

Lo que yo más deseaba. Me había guardado un vaso, un jarrillo de cuarto de esmalte marrón rojizo, con un asa, como una jarra de cerveza (jamás me separaba de mi vaso). Vertí una dosis doble de polvos con ayuda de la cucharilla de cartón que venía en el interior y que correspondía a la dosis para una taza. Me pareció muy poco. Añadí un poco más. Abrí el grifo del lavabo con prudencia, el agua caía casi gota a gota, para no estropear los polvos y obtener un buen café de verdad, bien fuerte. El azúcar tardó en disolverse en el líquido frío. Yo esperaba con paciencia. Un verdadero placer, esperar para eso. Por desgracia, ya no tenía fuego para encenderme un cigarrillo que acompañase el café. Qué le íbamos a hacer. Mañana. Me bebí el café a sorbos cortos. No me resultó tan placentero como yo había esperado. Estaba amargo. El primer café... Habría que volver a acostumbrarse a los placeres, a los sabores, al sabor del café, al sabor del tabaco. También podía ser que se debiera al producto, y que aquel café soluble no valiera nada comparado con el café de verdad. Como con el cigarrillo, me obligué a acabármelo. Enjuagué el vaso y volví al dormitorio, donde mis amigas me habían guardado un sitio cerca de ellas. Nada más tumbarme, experimenté una sensación extraña. Me pregunté qué me estaba pasando. Tenía un nudo de angustia en la garganta. Las sacudidas de los latidos de mi corazón eran tan violentas que el ruido me llenaba los oídos. Los oídos me dolían a causa del zumbido, el corazón se me salía del pecho, y yo, con las fosas nasales dilatadas, con la boca abierta para respirar, me asfixiaba.

—¿Adónde vas? —me preguntó Mado al oírme bajar.

Le señalé con un gesto los lavabos. Pero seguramente Mado no vio el gesto, en la oscuridad. Volvió a dormirse enseguida. Yo salí del dormitorio. Me ahogaba. Necesitaba aire. Conseguí llegar hasta la entrada del barracón y abrir la puerta. Jadeaba, desfallecía. De pie, apoyada en el marco de la puerta, con la cara vuelta hacia la noche, me sostenía el corazón con las dos manos para que no me desgarrara el pecho. El vestido me estorbaba. Lo desabotoné. *El misántropo*, aquel bulto pequeño al que ya me había acostumbrado, que incluso me había dado calor durante el invierno, *El misántropo* me estorbaba. Lo tiré a mis pies. Intentaba tomar aire, y con cada inspiración me sentía morir. La última noche en Ravensbrück. Mi última noche de vida. Iba a morir ahora que me sabía *El misántropo* de memoria y ya no me haría falta. Estaba delirando. Iba a morir de una manera tan tonta como esa gente que hace apuestas tontas. El corazón se me subía a la garganta, me apretaba la garganta, la estrangulaba. Me imaginaba que cada respiración sería la última. Me dolía, me dolía, me dolía. En el marco de la puerta, con la cara helada por la noche, con las sienes martilleando —cómo me dolían las sienes—, con la frente empapada de sudor, del sudor de la angustia, me resultaba imposible impedir que se me deformara la boca, que me bombeara el corazón, y me decía que hay que ver qué muerte más tonta. Morir en el umbral del barracón, en el umbral de la libertad, porque, esta vez, yo también lo creía, llegaba la liberación, demasiados signos apuntaban a ella.

La noche era clara y fría. La luna se había elevado por encima de los barracones, muy grande, muy cerca. Su luz azulaba los tejados, los hacía resplandecer. Yo miraba la noche sin parar de jadear, y crispaba mi voluntad para que mi corazón aguantara hasta la mañana. Aguanta, aguanta, imbécil. No era la primera vez que le daba esa orden a mi corazón. Hasta entonces, no obstante, había sido para obligarlo a latir.

Poco a poco, los latidos fueron espaciándose, mi respiración recuperó el ritmo habitual. Pero la noche había terminado. Me había pasado toda la noche de pie. Estaba tan contenta de haber aguantado hasta el fin de la noche que no experimentaba cansancio alguno. La noche había pasado, ya no podía dormir, pero todavía no era de día. Las estrellas brillaban frías en el cielo nocturno, la luna había subido a lo más alto del cielo oscuro. Llegaban dos kapos, silbando, y en un abrir y cerrar de ojos todo el mundo estuvo en pie. Mis compañeras me buscaban: «¿Dónde estabas? ¿Te has puesto mala?». Me traían mi paquete, que había dejado encima de la cama. «Nada, no es nada. Ya está.»

Al principio no les conté por qué había estado mal toda la noche. Me daba mucha vergüenza, y vergüenza también haber tenido miedo de morir. Una deportada veterana como yo... Veintisiete meses de campo en los que cada minuto había dosificado mis fuerzas, controlado mi corazón, calculado hasta el menor de mis gestos, hasta el menor de los pasos, para aguantar una hora más, un día más, y ahora... Me comportaba como una recién llegada, como una idiota.

Dos SS llegaban detrás de las kapos dando órdenes para que formáramos las filas delante del barracón. Chillaban sin obtener resultado. Las mujeres salían del barracón, se alineaban y, de repente, sin que nadie supiera por qué, todo se deshacía, todo el mundo retrocedía. SS y kapos chillaban cada vez más fuerte, agarraban de un puñado a algunas mujeres para obligarlas a permanecer en filas, pero era en vano. Las mujeres se negaban y una fuerza invisible tiraba de ellas hacia atrás.

En mi grupo, nunca nos apresurábamos en salir. Nunca éramos ni las primeras ni las últimas. La experiencia nos había enseñado que los palos llovían sobre las primeras y las últimas. En el centro, generalmente había una tregua hasta que los bastones, exhaustos a resultas de la primera oleada de golpes, recobraban el ardor.

Cuando salimos, no entendimos por qué las filas se disolvían según iban formándose, por qué volvían a formarse más lejos bajo la mano férrea de las kapos y de nuevo reculaban desordenadamente. Ocupamos nuestro lugar en la columna, lo más cerca posible de la puerta. Todas las que se encontraban delante de nosotras se salían de las filas, corrían para ponerse a la cola. Nosotras no nos movíamos, y seguíamos sin comprender por qué las que nos precedían estaban tan trastornadas. Nadie quería estar en la primera fila, de suerte que, al no habernos movido, nos encontramos entre las primeras. Fue entonces cuando entendimos el motivo de la desbandada.

Justo delante de nosotras, cuatro SS con sus cascos estaban colocados en posición, la rodilla hincada en el suelo tras las ametralladoras,

apuntando al camino, preparados para disparar. La luz de la luna prendía unos destellos pálidos en los cañones de las ametralladoras. Tomamos una decisión rápidamente, y sin necesidad de ponernos de acuerdo. «Si quieren disparar... Qué más da un minuto antes o después, mejor caer ahora mismo.» Yo, que había tenido tanto miedo de morir durante la noche, no sentía ahora ningún temor. Estábamos muy tranquilas las cinco. Después de tantos años, nada podía mermar nuestra sangre fría. Agarrándonos con firmeza las cinco, cogidas del brazo, blindamos la primera fila y gritamos a las demás, detrás de nosotras: «A vuestros puestos. Se van».

La columna se formó. SS y kapos dejaron de gritar. Hubo un momento de silencio tras un largo rumor de pisadas, hasta que las kapos gritaron: «Los!». En marcha, y la columna se puso en marcha, directa hacia las ametralladoras, que no dispararon.

Seguramente fue la última broma pesada del comandante.

Me di cuenta, al desvestirme esa noche, en Dinamarca, de que me había olvidado mi *Misántropo*.

La mañana de la libertad

El hombre que se aparecía ante nuestros ojos era el más guapo que habíamos visto en toda nuestra vida.

Nos miraba. Miraba a aquellas mujeres que lo miraban, sin saber que, para ellas, él encarnaba lo perfectamente bello de la belleza humana.

De pie en las escaleras, en la entrada —cosa sorprendente en la que todavía no pensábamos, la entrada podía ser la salida—, seguramente aguardaba nuestra llegada. Solo, al lado de un grupo de impermeables tocados con sombreros de fieltro.

Los dos batientes de la puerta estaban abiertos. El foco que había encima de la entrada zambullía su luz en la negrura. El hombre escudriñaba tan lejos como la luz le permitía a su mirada, y hete aquí que una primera hilera de cabezas se dibuja, cabezas que avanzan en la luz, avanzan seguidas de más cabezas en hileras, y más, y el hombre solo sabe mirar esas cabezas que crecen avanzando hacia él, las mira, dudando de que esas cabezas y esos ojos sean reales, fascinado hasta tal extremo por las cabezas, más lívidas merced a la luz, que no es capaz de apartar la mirada para ver los cuerpos, para ver los pies. Cuando vea los cuerpos y los pies, albergará aún más dudas.

El hombre mira a esa tira de manchas pálidas que son las cabezas sobre el fondo de oscuridad, esa tira que se despliega despacio, en silencio, y avanza. Ahora distingue caras, y todos los ojos lo miran fijamente a él, pero esos

ojos están tan acostumbrados a permanecer imperturbables ante los espectáculos menos verosímiles que no revelan lo que experimentan al ver al hombre. Asombro. Incertidumbre.

La columna avanza. Ninguna emoción. Nada. Las caras solo están marcadas a grandes rasgos y en profundidad por un sufrimiento largo y antiguo, por una lucha larga y antigua. Parece que la voluntad y el dolor se han adherido a las caras —acaso al entrar en este lugar, al traspasar el umbral donde se encuentra el hombre— y que en ellas se han endurecido para siempre.

La columna avanza. La puerta está abierta, la barrera bajada. La columna se detiene en la barrera. Las mujeres miran al hombre, esperan, y el hombre espera también. Espera que al final del camino luminoso excavado por el foco se detengan las últimas. La columna entera se detiene. Todas las mujeres pueden ver al hombre y todas lo miran con sus ojos que no expresan nada, ojos que desde hace mucho tiempo no han debido expresar nada, dejar traslucir nada. Y tal vez no hay en ninguno de esos seres emoción alguna: a fuerza de contraerse y dominarse, una ya no siente nada.

El hombre mira a las mujeres. Se adivina que él, por su parte, hace un esfuerzo para no revelar las sensaciones que lo abruman.

Las mujeres miran al hombre y no lo ven. Es decir, no lo ven en sus detalles, en aquello que lo distingue como hombre. Solo ven a un hombre, una efigie de los humanos olvidados. Y esto es más sorprendente que la propia presencia del hombre.

La columna se ha detenido por completo. Las pisadas han parado. Esperamos.

Y él habla. Él, el hombre. Los impermeables con sombrero de fieltro se giran apenas, fingen no prestarle atención ni a él ni a nosotras. El hombre pregunta —una frase de sílabas separadas, en un francés aprendido, teñido de un acento desconocido para nuestros oídos familiarizados con todos los acentos de Europa central y oriental—, pregunta: «¿Sois todas francesas?», pronunciando las e mudas. ¿Se está dirigiendo a nosotras? ¿Será posible que nos estén preguntando algo? Nadie contesta.

Por fin, en la primera fila se oye:

—Sí.

—¿Sois todas las francesas? —Enfatiza el «las».

La voz de la primera fila contesta, con el mismo esmero que una pone con un extranjero:

—No, las enfermas están en la enfermería.

El hombre dice:

—Ayer llevé a las enfermas. Ciento diez enfermas.

La voz de la primera fila responde:

—Entonces, estamos todas.

(Y no era verdad. La víspera, el comandante del campo había entregado, efectivamente, a ciento diez mujeres, que, aun estando enfermas —¿quién de las que conformaban la columna no lo estaba?—, no eran las enfermas ingresadas en la enfermería. Las de la enfermería no estaban lo bastante presentables. Se quedaron allí, junto con doce mil prisioneras —polacas, rusas, checas, yugoslavas— que los rusos encontraron varios días más tarde.)

Solo en el momento en que habla distinguen las mujeres que el hombre viste un uniforme caqui, con botas y guantes rojizos, un brazalete blanco con una cruz roja en un brazo, un brazalete azul con una cruz amarilla —una cruz distinta— en el otro brazo. Está fumando y sostiene el cigarrillo entre los dedos estirados, como un hombre, no como un militar. Una de las mujeres de la primera fila observará más tarde, mientras narra la escena: «Ya sabéis, ese olor a tabaco de Virginia». El brazalete de la cruz roja lo conocemos. Pero ¿y el otro?

El hombre nos mira largo rato con ojos incrédulos y dice, de nuevo separando las sílabas:

—Ahora nos vamos a Suecia.

Nos vamos a Suecia, y no hay respuesta en la larga tira de manchas claras cuyas miradas crean agujeros de sombra. Ninguna animación, ningún sobresalto.

¿Esperaban acaso estas mujeres emprender un viaje, irse a Suecia? No. Apenas una hora antes, cuando los SS las hicieron salir de los barracones donde habían pasado la noche, reunidas para marcharse, cuando se encontraron frente a un grupo numeroso de SS armados, con la bayoneta corta brillando en el cañón del fusil, cuando las filas se formaron delante de las ametralladoras, todas creyeron que no se trataba de la partida tan esperada y que solo estaban evacuando el campo: esas columnas que caminan durante días y días, mujeres que caen agotadas, que un SS remata con una bala en la sien o en la frente. Habíamos sabido de la evacuación de Auschwitz, en enero, bajo la nieve que caía y que cubría los cadáveres, varios a cada paso, a lo largo de las carreteras

de Silesia. Habíamos visto también hombres de un campo del oeste. Habían recorrido a pie centenares de kilómetros, perdiendo por el camino a casi todos sus compañeros. Aquí, al norte de Berlín, nos encontramos en el último corredor del Reich, entre las líneas rusas y las líneas estadounidenses, que cada vez se acercan más. ¿Dónde podrían evacuarnos? A los SS les trae sin cuidado. Ya en otras partes han arrojado a miles de prisioneros a las carreteras, sin meta, sin más razón que la de caminar. Saben que caminando muere gente.

Habíamos atravesado el campo dormido. La luna escarchaba los tejados. Una farola, delante de las cocinas, alumbraba a Pflaum, que tenía papeles en la mano y seguía pronunciando nombres. ¿Por qué? Llamaba a las que pretendía que partieran aparte, nosotras todavía no lo sabíamos y teníamos miedo porque todo lo que tenía que ver con Pflaum daba miedo. Luego, la columna había avanzado hacia la puerta y se nos había aparecido el hombre.

Nos vamos a Suecia... La cruz amarilla sobre fondo azul, en el brazo del hombre, es Suecia. La barrera está bajada. Esperamos.

Nos vamos a Suecia. No hay respuesta en las miradas, pero vamos recobrando la facultad de ver. Ómnibus en la puerta, fuera. Ómnibus blancos con la cruz roja. Las bocas permanecen mudas. Los rostros no se mueven. Ningún «¡Ah!», ninguna sorpresa. Ninguna alegría. Inmóviles, esperamos.

Nos vamos a Suecia. El hombre solo lo ha dicho una vez, y la frase se repite dentro de nosotras, resuena al son de unas pocas notas ate-

nuadas, siempre las mismas, que se desgranan y vuelven a empezar.

Nos vamos a Suecia. Hay una motocicleta delante de la puerta. No la habíamos oído. Está ahí, con el motorista cubierto con un caparazón, botas, casco, guantes de cuero, un caballero que luce un cuadrado blanco con cruz roja sobre el pecho, un cuadrado blanco con cruz roja sobre la espalda. Un caballero de verdad, como los de la historia, encasullado de cruces.

Nos vamos a Suecia. Tenemos que creerlo, porque es el hombre quien lo dice, porque los camiones blancos están en la puerta, porque el caballero que acude a liberar a las cautivas está inclinado sobre su artilugio.

Esperamos, en silencio. Con una calma que nos sorprende a nosotras mismas. Nosotras que creíamos que, si ese día llegaba, nos desmayaríamos de felicidad.

La barrera se levanta igual que el brazo de un paso a nivel. Pflaum se afana en sus papeles. Entra en el despacho, sale de nuevo, habla con los impermeables con sombreros verdes (la Gestapo). Esperamos. Vigilamos los labios del hombre en busca de una señal. Nos vamos a Suecia.

El hombre guarda silencio. Es Pflaum quien hace un gesto con la mano: ¡Adelante! La columna va a ponerse en marcha, va a franquear la puerta.

Entonces, una voz de las nuestras se alza: «¡Camaradas! Recordemos a las que dejamos aquí. Guardemos, por ellas, un minuto de silencio». Y esa voz que pide silencio quiebra el silencio.

Los suecos estaban allí desde la víspera, preparados. Según vamos saliendo, nos aga-

rran de los brazos, nos sostienen por los codos, nos hacen subir a los vehículos. Varias lottas* cargadas de maletines, cajas de primeros auxilios, botiquines, cantimploras, se encargan de las más débiles, y el capitán M. descubre a las dueñas de aquellos ojos y aquellas caras. Ve las piernas hinchadas o cubiertas de llagas, los cuerpos miserables, los pies enfundados en calzados inimaginables.

Una vez instaladas, con paquetes y mantas sobre el regazo, el capitán pasa por cada ómnibus. Pregunta:

—¿Estáis bien?

—Sí.

Por fin, las mujeres pueden hablar. En el marco de la portezuela, más guapo aún, añade:

—Se acabó la Gestapo.

Sonríe, y todas responden a su sonrisa.

Ahora sé por qué aquella mañana del 23 de abril de 1945, en el umbral de Ravensbrück, el capitán M. era guapo. Sé por qué los niños que vimos en el andén de aquella pequeña estación danesa eran hermosos. Sé por qué las flores eran hermosas, hermoso el cielo, hermoso el sol, turbadoras y hermosas las voces humanas.

La tierra era hermosa porque la habíamos recobrado.

Hermosa y deshabitada.

Y he vuelto
Conque no sabíais,
vosotros,
que de allí se vuelve

De allí se vuelve
e incluso de más lejos

Vuelvo de otro mundo
a este mundo
que no había abandonado
y no sé
cuál es real
decidme, ¿he vuelto
del otro mundo?
Para mí
estoy allí aún
y muero
allí

cada día un poco más
muero de nuevo
la muerte de todos los que murieron
y ya no sé cuál es real
el mundo de aquí
el otro mundo de allí
ahora
ya no sé
cuándo estoy soñando
y cuándo
no estoy soñando.

Yo también había soñado
con desdichas
y alcoholes
en otros tiempos
antes
He resurgido de la desdicha
aquella
creyendo que había soñado
el sueño de la desdicha
He recuperado la memoria
y con ella un sufrimiento
que me ha hecho regresar
a la patria de lo desconocido.

Era aún patria terrestre
y ninguna parte de mí puede huir
me domino toda
y este conocimiento

adquirido en las simas de la desdicha
De modo que sabréis
que no se debe hablar con la muerte
es un conocimiento inútil.
En un mundo
donde no están vivos
quienes creen estarlo
todo conocimiento se torna inútil
para quien domina al otro
y para vivir
más vale no saber nada
no saber nada del precio de la vida
para un joven que está a punto de morir.

He hablado con la muerte
así que
yo sé

lo vanas que eran tantas cosas aprendidas
pero lo supe al precio de un sufrimiento
tan grande
que me pregunto
si valía la pena.

⁂

Vosotros, que os amáis,
hombres y mujeres
hombre de una mujer
mujer de un hombre
vosotros, que os amáis,

acaso podéis cómo podéis
declarar vuestro amor en los periódicos
en fotos
declarar vuestro amor en la calle que os ve
    pasar
en el escaparate por el que camináis
uno pegado al otro contra el otro
vuestros ojos en el cristal se encuentran
y vuestros labios se unen
cómo podéis
declararlo al camarero
al taxista
le caéis simpáticos
los dos
unos enamorados
declararlo sin decir nada
con un gesto
Cariño, tu abrigo, no olvides los guantes
apartándote para dejarla pasar
ella sonriente párpados bajados que se
    levantan
declararlo a quienes os miran
y a quienes no os miran

mediante esa seguridad que se tiene
cuando
alguien te espera
en un café
en una plaza
esa seguridad que se tiene
cuando alguien te espera en la vida
declararlo a los animales del zoo
juntos qué feo ese aquel qué bonito es
de sincero acuerdo
o no
qué mas da
os planteáis siquiera
cómo podéis y por qué
declarármelo a mí
yo sé
yo sé que todos los hombres reservan a las
mujeres los mismos gestos
los guantes cariño, las flores que se te
olvidan
cariño me favorecía a mí también
sé que todas las mujeres
reservan a los hombres el mismo encanto
él me cogía de la mano
me protegía los hombros
cómo os atrevéis
a mí
ya no tengo que sonreír
gracias cariño te lo agradezco
cariño le favorecía a él también.

Y este desierto está poblado
por hombres y mujeres que se aman
que se aman y se lo declaran a voces
de una punta de la tierra a la otra.

He vuelto de entre los muertos
y he creído
que eso me daba derecho
a hablar con los demás
y cuando me vi frente a ellos

no tuve nada que decirles
porque
había aprendido
allá
que no se puede hablar con los demás.

Plegaria a los vivos para perdonarles que están vivos

Vosotros que pasáis
bien vestidos con todos vuestros músculos
una prenda que os sienta bien
que os sienta mal
que os sienta así así
vosotros que pasáis
movidos por una vida tumultuosa en las
    arterias
y bien pegada al esqueleto
con paso alerta atlético desmañado
risueños ceñudos, sois hermosos
tan corrientes
tan corrientemente todo el mundo
tan hermosos por ser corrientes
diversamente
con esa vida que os impide
sentir el torso que sigue la pierna
la mano en el sombrero
la mano en el corazón
la rótula que gira despacio en la rodilla
cómo perdonaros que estéis vivos...
Vosotros que pasáis
bien vestidos con todos vuestros músculos
cómo perdonaros
están todos muertos
Vosotros pasáis y bebéis en las terrazas
vosotros sois felices ella os ama
mal humor apuro de dinero
cómo cómo
perdonaros que estéis vivos
cómo cómo
os haréis perdonar

por esos que están muertos
para que paséis
bien vestidos con todos vuestros músculos
para que bebáis en las terrazas
para que seáis más jóvenes cada primavera
Os lo suplico
haced algo
aprended un paso
un baile
algo que os justifique
que os dé derecho
a ir vestidos con vuestra piel y vuestro
    vello
aprended a caminar y a reír
porque sería una estupidez
al final
que tantos hayan muerto
y que vosotros viváis
sin hacer nada con vuestra vida.

Vuelvo
de más allá del conocimiento
ahora hay que desaprender
entiendo que de otro modo
no podría seguir viviendo.

Y además
mejor no creerse
esas historias
de retornados
ya nunca más dormiréis
si os las creéis
esos espectros retornados
esos retornados

que vuelven
sin poder siquiera
explicar cómo.

«Si comprender es imposible,
conocer es necesario.»
PRIMO LEVI

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Ninguno de nosotros volverá*. Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias. Le esperamos.

* Los *kapos* eran prisioneros que desempeñaban cargos administrativos en los campos de exterminio. Gozaban de no pocos privilegios. *(Todas las notas son de la traductora.)*

* Las *stubhova* (o *stubhowa*) eran las prisioneras a las que las SS nombraban jefas de barracón para que se encargaran de mantener el orden.

* Diminutivo y grafía adaptada de «*Krankenrevier*», el barracónmoridero donde hacinaban a los prisioneros gravemente enfermos.

* Supervisoras.

* Voluntarias de la Lotta Svärd, cuerpo femenino finlandés que colaboró en el trabajo auxiliar de las fuerzas armadas.

Nota biográfica

Charlotte Delbo nació en 1913 cerca de París, en Vigneux-sur-Seine. Hija de emigrantes italianos, a los diecisiete años comenzó a trabajar como secretaria en la capital francesa. En 1932 se adhirió al movimiento de las Juventudes comunistas, y dos años más tarde conoció a Georges Dudach, muy activo en el seno del partido, con el que se casó en 1936. Un año más tarde, se convirtió en la secretaria de Louis Jouvet, entonces director del Théâtre de l'Athénée. El 2 de marzo de 1942, Charlotte y su marido fueron arrestados por las brigadas especiales de la policía francesa. Delbo fue encarcelada en La Santé, donde vio a Dudach por última vez el 23 de mayo, el mismo día en que fue fusilado. Fue trasladada a Auschwitz-Birkenau el 24 de enero de 1943 en un convoy junto con otras doscientas treinta mujeres, la mayoría miembros, como ella, de la Resistencia. A principios de 1944 fue trasladada de nuevo, esta vez al campo de Ravensbrück, y en abril de 1945 fue liberada, después de veintisiete meses de cautiverio. De las doscientas treinta mujeres del convoy que llegó a Auschwitz, regresaron cuarenta y nueve. Unos meses después, mientras se recuperaba en un sanatorio suizo, Delbo comenzó a escribir *Ninguno de nosotros volverá*, que se convertiría, veinticinco años más tarde, en el primer volumen de la trilogía *Auschwitz y después*. En 1947, comenzó a trabajar para la ONU en Ginebra y vivió en Suiza doce años. A su regreso a París trabajó para el CNRS como asistente

del filósofo Henri Lefebvre, a quien había conocido en 1932. Allí falleció en 1985, a los setenta y dos años.